



**La Nueva Editorial Virtual  
Buenos Aires - 2020**

[www.lanuevaeditorialvirtual.blogspot.com](http://www.lanuevaeditorialvirtual.blogspot.com)

## INDICE

|                                            |    |
|--------------------------------------------|----|
| Denes Martos.....                          | 3  |
| DE ENTROMETIDO NOMÁS.....                  | 3  |
| Leonardo Castellani.....                   | 4  |
| LA DECADENCIA DE LAS SOCIEDADES .....      | 4  |
| 1. El estudio de de Mahieu .....           | 4  |
| 2. Definición del fenómeno .....           | 6  |
| 3. La revolución .....                     | 7  |
| 4. Resurrección de las naciones.....       | 9  |
| 5. El "desorden estructural".....          | 14 |
| 6. La libertad.....                        | 19 |
| 7. Ambigüedad de la “decadencia” .....     | 21 |
| 8. La moral.....                           | 25 |
| 9. Ejemplos .....                          | 28 |
| 10. Conclusión.....                        | 34 |
| a. El caos político .....                  | 35 |
| b. La centralización .....                 | 36 |
| e. La indisciplina de las costumbres ..... | 38 |
| Jaime María de Mahieu.....                 | 40 |
| FACTORES DE DESINTEGRACIÓN SOCIAL .....    | 40 |
| Individualismo e igualitarismo.....        | 40 |
| La masificación.....                       | 41 |
| La promiscuidad sexual.....                | 43 |
| La familia inestable.....                  | 44 |
| La escuela masificadora.....               | 46 |
| El taller Sojuzgado.....                   | 47 |
| El ejercito de masa.....                   | 49 |
| La iglesia amorfa.....                     | 51 |

**Denes Martos**

## **DE ENTROMETIDO NOMÁS**

Colarse entre dos gigantes como Leonardo Castellani y Jaime María de Mahieu es, en cierto modo, algo así como el colmo del caradura. Más aun cuando uno ni siquiera se pone entremedio sino que directamente se pone delante. Lo que sucede es que tampoco es lógico ni razonable poner introducciones al final de modo que, sepan disculpar, pero esta recopilación necesita una muy breve introducción explicativa.

Sucede que la primera parte – *La Decadencia de las Sociedades*, de Leonardo Castellani – es el prólogo a un ensayo de Jaime María de Mahieu que jamás se publicó. Preguntará Usted, estimado lector, qué sentido tiene enterarnos del prólogo de una obra que no existe. En principio admitiría que no tiene casi ningún sentido más allá del anecdótico; pero en este caso eso equivaldría a desconocer el enorme talento de Castellani. Porque él se las arregla, no solo para que su escrito tenga sentido por mérito propio, sino para ofrecernos un análisis sorprendentemente certero y profundo del tema. Léalo estimado lector. Convénzase por sí mismo.

Por supuesto: al faltar la obra que Castellani prologa uno se queda, inevitablemente, con la curiosidad por saber qué pensaba de Mahieu sobre la cuestión. Para satisfacer de algún modo ese deseo me he tomado la libertad de incluir el Capítulo XVII de su *Tratado de Sociología General* que enfoca básicamente el mismo tema y es el que he elegido como título de esta publicación.

La decadencia y la desintegración de nuestras sociedades actuales y de todo el Occidente en general está demasiado a la vista como para que haya necesidad de demostraciones. De lo que sí hay una necesidad imperiosa es de tener en claro las causas. Este trabajo de recopilación intenta hacer un aporte en ese sentido.

Porque la condición mínima e indispensable para proponer soluciones efectivas es conocer a fondo las causas reales.

Buenos Aires

Enero 2020

## Leonardo Castellani

### LA DECADENCIA DE LAS SOCIEDADES

#### I. El estudio de de Mahieu

El que lea el breve y nutrido ensayo [1] del profesor Jaime María de Mahieu sobre la decadencia de las sociedades, si es capaz de manejar el raciocinio abstracto y no es como los niños a los cuales hay que enseñar con ejemplos o comparaciones, no perderá ciertamente el tiempo. No encontrará al final una receta infalible para salvar a una sociedad que degenera; pero le será puesto delante de los ojos mentales en su contextura íntima el proceso de ese fenómeno histórico, el más difícil e importante de todos: el decaimiento de una unidad comunitaria humana. Y, como dijo el clásico:

*“El que no ve la verdad  
a la hoya se encamina.  
La primera medicina  
es saber la enfermedad.”*

Hay naciones que crecen, otras que se estabilizan, otras que retroceden, y aun perecen y desaparecen. De Mahieu se ha puesto delante ese hecho histórico indudable en posición contemplativa y ha intentado penetrar en él por medio del análisis sociológico; el cual es en él riguroso y fino. Si el fruto de su meditación no fuese otro que el de plantear con toda claridad y exactitud el problema, haciéndola mover delante de nosotros, no sería poco; limpiándolo de una cantidad de prejuicios; sofismas o nociones vagas o erróneas, como lo hace; pero hay más en él, hay copia de agudas observaciones y conclusiones acerca de la realidad contemporánea, sumamente sensatas y sólidas; y en el fondo hay como una presencia continua de dicha realidad, cuya percepción y captación quizá sea el fruto más jugoso del libro.

Yo no sabría decir por qué una nación se levanta y otra se empantana y hunde en el curso de la Historia; o por lo menos no podría decirlo en

---

<sup>1</sup> )- Por lo que sé, el ensayo de de Mahieu al que hace referencia Castellani nunca fue publicado (DM).

una sola frase, que no fuese una reverenda vaguedad; ni de Mahieu tampoco, a osadas. De Mahieu reconoce al final de su sobrio y severo análisis que hay en el caso un elemento misterioso; con el cual su método científico positivo no está concernido. Pero prescindiendo de la *causa absoluta* — que los antiguos profetas al predecir la ruina de los imperios asignaban simplemente a los grandes pecados colectivos y a la voluntad inescrutable de la Providencia — está visto que la razón puede discernir muchas cosas particulares, y también las *peripecias* del fatal proceso [2] — lo cual abre la posibilidad de poder actuar sobre ellas en sentido salvífico — ; o por lo menos de tomar la actitud del médico ante un caso desesperado. Hay casos en que el filósofo tiene que limitarse a constatar un proceso de precipitamiento (“*círculo infernal*”, dice de Mahieu) limitándose a poner obstáculos — ideales — que lo retarden; y dejando abierta la eventualidad remota del *milagro*; como es el caso, por ejemplo, del Cura Loco, en el relato fantástico — y ojalá disparatado — de Dulcinea.

No nos gusta del todo Vico [3]: el método riguroso es deficiente en la *scienza nuova*, la erudición aunque inmensa es poco escrupulosa, y la imaginación tiene demasiada licencia para nuestro gusto; pero su intuición fundamental — opuesta al mito del Progreso Indefinido — de que las naciones decaen; de que en su decaer se cumplen ciertas etapas, las mismas siempre; y de que *lo religioso* es el lazo unificante de los regímenes estables y aun la posibilidad de la resurrección, esa intuición es exacta y quizás genial, a juzgar por su fecundidad, y por la cantidad de pensadores (De Maistre, Heider, Spengler, Toynbee, Pieper, De Corte) que la han aprobado — diversificándola, eso sí, en varias direcciones.

Mas la predominancia de *lo intelectual* y *lo profético* — que es su cumbre — en la evolución ascendente de las colectividades, que impregna la obra de Vico, está presente en de Mahieu en el papel capital que asigna a los *creadores*, incidiendo en el tradicional dicho del Rey Sabio cuando afirmó en las PARTIDAS que “*los sabios son aquello por lo cual se conservan, se sustentan y acrecen las*

---

<sup>2</sup> )- Bruno Jacovella, en un artículo del número 63 de Dinámica social sobre los *bárbaros*, ha reseñado con lucidez las *peripecias* de la decadencia de) Imperio Romano.

<sup>3</sup> )- Giambattista Vico (1668-1744) - abogado y filósofo de la Historia.[DM]

*naciones...*". Resta determinar qué se entiende por *creador*, y por *sabio*, pues la falsificación es aquí posible; y en nuestra época, de regla. Esos "sabios" monumentales que crean los diarios argentinos con una desfachatez que nos avergüenza — la prensa argentina en su casi totalidad nos causa una profunda vergüenza — son una simple superchería; y son en su bombo e hinchazón deshonorosa para el país; una verdadera señal de decadencia colectiva... e inverecunda.

## 2. Definición del fenómeno

Parecería que la sobria red conceptual de de Mahieu no alcanza a aprisionar el complejísimo fenómeno que se propone encerrar. No es así empero, a nuestro parecer. Un aristotélico encontrará en su librito lo que llaman las "*cuatro causas*"; y por ende la definición, siquiera general, del fenómeno. La causa material, que es lo *potencial*, está representada por las posibilidades — mayores o menores — de pudrición que encierra toda comunidad social, como, por ejemplo, su nacimiento deficiente, "haber sido arrancada verde", como dice el pueblo.

Recordemos lo que dice Aristóteles acerca de las "*naciones demasiado chicas*" — y "*demasiado grandes*" — imposibilitadas según él de llegar a plenitud armónica como naciones, determinadas por una circunstancia de materia, que en este caso no solamente limita, sino que prohíbe.

La causa formal de la decadencia — que aquí es *falta de causa final*, siendo *decadencia* un fenómeno negativo — es la ausencia de la *directriz tradicional*, como la llama de Mahieu; o sea, la pérdida, o la falta de conciencia, o la indiferencia a lo que vulgarmente llamamos *ideal nacional*. De acuerdo a la natura dinámica de los organismos nacionales — tan repetidamente recalcada por de Mahieu — una nación es como una empresa: como diría Saavedra Fajardo; y una empresa cesa de ser cuando no sabe dónde va. Una nación no puede menos de decaer cuando no sabe lo que tiene que hacer en este mundo. Recuerdo a este propósito lo que me dijo un hombre religioso bastante pesimista, que "*él tenía miedo de que Dios se asomase a un balcón y pusiese los ojos en la Argentina*", porque ¿qué podrían ver aquí esos ojos que fuese digno de ellos, es decir, de valor para la humanidad? Producir vacas, trigo, el tango, la constitución del 53, el diario CRÍTICA, y revoluciones triunfantes y siempre libertadoras, evidentemente es poco. Sin embargo, nosotros no dejamos de creer que existe aquí, siquiera

soterrado e informe, un ideal nacional más o menos digno de los ojos de Dios. Ningún poeta nuestro lo ha sabido expresar del todo, aunque Hernández y Lugones lo hayan apuntado. Nuestra poesía permanece todavía en el estadio romántico... pero el *ideal nacional* existe, aunque no tenemos la menor esperanza de que sea expresado algún día por el "cine nacional".

La causa eficiente del proceso de decadencia son los factores externos que lo aguijan: entre los cuales de Mahieu nombra los dos capitales: las naciones vecinas y los egoísmos individuales, sustraídos a la *síntesis armonizante*, que él sitúa en el Estado. "*Pobre Méjico, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos*", dijo Porfirio Díaz al morir; y en cuanto a los *egoísmos individuales* funestos a las naciones, a los *perduellis* los conocemos demasiado. [4] Pero estos factores externos no tendrían éxito de no fallar el factor formal o intrínseco de la unidad colectiva, que de Mahieu llama la *síntesis estructural*.

La *síntesis estructural* es la causa formal del progreso de las naciones; y a ella dedica de Mahieu su análisis. La quiebra de esa síntesis trae la decadencia.

Considera esa quiebra o por parte del Estado, o por parte del haz de grupos humanos que llamamos *la sociedad*, o por parte de las relaciones entre ambos polos; que es lo más importante. A los sobresaltos del organismo en procura del equilibrio fallido de esas relaciones, llama de Mahieu *revolución*.

### 3. La revolución

Es menester tener ojo a la realidad que el autor llama *revolución*. No es el pronunciamiento, ni el golpe de Estado, ni el golpe de mano, ni los motines o asonadas, ni las guerras civiles; aunque todas esas cosas y otras tales puedan ser sus partes o sus instrumentos.

---

<sup>4</sup> )- La palabra "perduellis" sirvió para identificar en la Roma republicana a los traidores a la patria. El crimen contra la patria, el "perduellio", era el más grave de todos después del sacrilegio. ¿Por qué era el más grave? Porque las maquinaciones y deslealtades contra la patria, si bien dañan al individuo, destruyen, sobre todo, la solidaridad, el tejido social de la comunidad política. Si es punible infligir un daño al prójimo, ¿cuánto más infligírselo a la comunidad?  
Jorge Torres Roggero en <https://confusapatria.wordpress.com/2016/02/23/sobre-los-perduellis/>

Mucho menos es *revolución* el cambio violento de toda la legislación por parte de una facción — o “partido” — para aniquilar a la facción contraria (gobierno de facciones: Mario y Sylla); ni la llamada hoy *lucha de clases*, que es en el fondo una guerra servil latente (Espartaco).

De Mahieu pone a la palabra *revolución* un signo positivo; y hay que tomar la palabra en el sentido en que él la usa. Se podrá objetar que no es el sentido en que se usa vulgarmente; pero el filósofo es dueño de sus términos, y vulgarmente todas estas palabras han sido deturpadas.

Se puede objetar más seriamente que en el sentido de de Mahieu no ha habido revoluciones — así como se ha dicho que en el sentido de democracia de Montesquieu, la democracia es imposible—, a no ser que llamemos revoluciones al cristianismo, al mahometismo con respecto a los árabes, a la legislación de Julio César, a la aprobación de los Capetos por parte del papa en sustitución de los merovingios... y a la coronación de Carlomagno.

Siempre quedaría que existen realidades históricas que se ajustan a la definición de de Mahieu: sacudidas vitales de una sociedad en proceso de decadencia para ajustar su propia esencia al nuevo momento histórico; y el recurso de llamar *revoluciones frustradas* — en todo o en parte — a todas las demás. En efecto, ninguna revolución grande o chica, benéfica o perversa, se puede concebir sin un profundo malestar en el cuerpo social.

Siempre quedamos en la ortodoxia política de que toda revolución, por benéficos que puedan ser sus resultados, supone una enfermedad; y por tanto no es un bien absoluto, contra la idea moderna de la revolución pura, o la revolución por la revolución, o la adoración de la Revolución con mayúscula. Esa idea es simplemente una necedad y una especie de manía: un estado de revolución permanente es un contrasentido y una contradicción en lo ideal; y en lo real, es justamente uno de los síndromes más ciertos de la decadencia. Muy bien observó Mommsen, siguiendo a Aristóteles, que la discordia es causa del progreso de las naciones cuando se mantiene en la superficie (patricios y plebeyos durante la República Romana) y, por el contrario, cuando la discordia está en el fondo y la concordia sólo en la superficie, la nación está condenada. Y el estado de revolución permanente supone la discordia en el fondo.

"Cuando los franceses festejan el 14 de julio me recuerdan a un hombre que festejara el aniversario del día que atrapó una tifoidea", decía chistosamente Jacques Bainville. Efectivamente, la tifoidea puede haber prolongado la vida de este hombre; o *per se* librándolo de una enfermedad peor; o *per accidens*, a causa de la enérgica reacción de sus fuerzas vitales, pero siempre queda que la tifoidea es tifoidea, y no un baño de mar.

Existe hoy día un vasto movimiento de destrucción de la tradición occidental, que tiene diferentes formas, se sitúa en todos los planos, y pareciera ganar terreno en todos los frentes; a ese movimiento se suele llamar Revolución con mayúscula; y el sentimiento de adoración o aprobación incondicional de la palabra viene del fanatismo en pro de ese movimiento. Esta idea de Revolución está en el extremo opuesto del pensamiento de de Mahieu.

Resulta así que a la palabra revolución tomada genéricamente hay que ponerle, como hacen los matemáticos, el doble signo  $\pm$ . En su sentido general de *transformación violenta*, puede tener dos sentidos específicos contrarios; especificados por su dirección o fin.

Puede ser una enfermedad mortal o una enfermedad benéfica; pero siempre es una enfermedad aguda, preferible por tanto a la enfermedad crónica, que es la degeneración. Ese es el pensamiento exacto de De Mahieu; el cual pone el acento sobre la posibilidad benéfica de la revolución, simplemente porque vive en nuestra época, y no en el tiempo de los Reyes Católicos o de Carlomagno.

#### 4. Resurrección de las naciones

Estudiando las civilizaciones muertas, y con una intuición profunda del ser de la civilización romana, adquirida a través de la filología y la jurisprudencia, Juan Bautista Vico vio que la decadencia de las naciones se producía de acuerdo a leyes fijas, y con estadios característicos, que él llama *cursos* y *recursos*. Distinguió tres estados típicos, el *tiempo de los dioses* o estado teocrático; el *tiempo de los héroes*, o estado feudal; y el *tiempo de los hombres*, o estado republicano, poniendo a la religión como condición necesaria del mantenimiento o estabilidad de cualquiera de ellos; y distinguiendo

cuidadosamente la *república popular* de la *demagogia*, que es la precipitación de la república en la ruina, justamente por falta de religiosidad; después de lo cual viene para él el *cesarismo*, o bien la conquista de la nación decaída por otra más fuerte; o más virtuosa, que para él es equivalente.

El esquema de Vico, que es exacto en lo esencial, parecería ser desmentido por la resurrección de las naciones. En la historia de Francia, por ejemplo, ha habido varios períodos de plenitud, cortados por decadencias transitorias; como el siglo de Carlomagno, el de Luis IX y el de Luis XIV; a los cuales se puede añadir la gran aventura napoleónica, la cabalgata de Juana de Arco, y la gesta de Geoffroy de Bouillon. Del mismo modo, en las demás naciones europeas se pueden distinguir bajones y subidas alternados, pero no el esquema de Vico: no degeneraron nunca hasta la ruina, ni tampoco volvieron al estadio teocrático — o *tiempo de los dioses*, en un *ricorso*.

Vico empero sabía bien su historia. La respuesta a este reparo no está explícita en su libro, pero se puede fácilmente colegir cuál sería, si se la preguntaran. Vico era ferviente cristiano, y pone fuera de su esquema natural de evolución a la Iglesia, a la cual tiene simplemente por la religión verdadera, sobrenatural y providencial. De modo que para él la decadencia natural de las naciones cristianas sería detenida o contrarrestada por un recontacto con el cristianismo, que las creó. En el pensamiento del filósofo napolitano el *tiempo de los dioses* sería el período de la evangelización de Europa; cuando misioneros de gran magnitud, como San Remigio, San Patricio y San Bonifacio, la recorrieron de norte a sur y hacia el este hasta Prusia y Rusia, injertando en todas partes una fe simple y ruda, absoluta, en el tronco de las costumbres caballerescas de los germanos; el *tiempo de los héroes* sería todo el período feudal subsiguiente; y el *tiempo de los hombres* aquel que alboreaba en sus días, en las vísperas de la gran revolución republicana, que él no llegó a ver. Leyendo el final de su libro, esta exposición de su teoría no es temeraria, y aun nos atrevemos a decir que no ofrece duda.

Hilaire Belloc la ha recogido en su estudio *Europe and the Faith* al postular una "*conversión de Europa*" como condición única del salvamento de la civilidad occidental en la actual crisis del mundo.

Toynbee, en su voluminosa historia de la civilización, recoge la idea en otra forma: Toynbee cree sí que la religión es el *vinculum substantiale* de la sociedad, el que produce la concordia profunda; pero cree también que la religión actual de Occidente se ha gastado hasta la trama y no sirve más; poniendo por ende sus esperanzas en una “nueva religión”: el temor de la decadencia de Occidente — que al parecer él confunde con Inglaterra— lo obsede y lo angustia.

La idea de que “*la religión es la sociedad y la sociedad es la religión*”, popularizada en forma confusa por Durkheim y su escuela, y limpiada de sus rebabas y expuesta con gran distinción entre nosotros por José María Rosa en su tesis doctoral INTERPRETACIÓN RELIGIOSA DE LA HISTORIA, juntada a los otros presupuestos filosóficos empiristas, han llevado a Toynbee a una teoría realmente peregrina, [5] que pretende establecer lo siguiente: cada civilización está informada por una religión; todas ellas son perecederas a mayor o menor plazo; y al parecer dejan una especie de huevo de donde brota una nueva religión fresca y lozana, y por ende una nueva civilización juvenil que entierra a su padre y a su madre y armada de la herencia emprende su carrera por la Historia. Consoladora ficción, hija de la desesperación de la época, que no tiene un solo punto de apoyo en la realidad, pero puede servir de cordial a los ignorantes: en la “era atómica” todos viviremos cien años y practicaremos la religión atómica, cuyo mesías ya debe de haber nacido en Norteamérica, desde luego.

Demasiada imaginación para un historiador. No se puede ver cómo de una religión que muere de vieja y podrida podría salir una religión nueva y pura; ni se ha visto nunca. Es contradictorio, pues es contra la ley de la causalidad; lo más saldría así constantemente de lo menos. Yo no sé si se habrá visto en el mundo un hombre de 90 años que se casa y engendra un hijo vigoroso; puede que se haya visto en el READER'S DIGEST, [6] porque en Norteamérica puede pasar eso y mucho más... Pero que un cadáver se case y engendre un hijo, eso no se puede ver:

---

<sup>5</sup> )- La resumimos en forma un poco brusca, pero exacta.

<sup>6</sup> )- Selecciones del Reader's Digest, llamada también simplemente Selecciones, es una revista mensual de temas variados. Está escrita en español y es propiedad de The Reader's Digest Association; empresa editora de la revista estadounidense Reader's Digest.  
[https://es.wikipedia.org/wiki/Selecciones\\_del\\_Reader%27s\\_Digest](https://es.wikipedia.org/wiki/Selecciones_del_Reader%27s_Digest)

aunque hay un cuento terrible de la condesa de Pardo Bazán con este tema: el hijo del cadáver. Pero es un cuento.

El novelista James Jones, discípulo de Toynbee por lo visto, en su enorme y atroz novela FROM HERE TO ETERNITY — cuya traducción argentina hizo bien en prohibir el intendente municipal [7] — traza hacia el final los lineamientos de la nueva religión atómica y hasta el retrato del mesías que la va a fundar, un soldado preso llamado Malloy. Jack Malloy — es decir, James Jones, es decir, Toynbee — dice que *“éste es el momento en que la religión empieza a morir”* y explica a sus discípulos, que son hombres de pelo en pecho, asesinos, ladrones y homosexuales — una especie de doce, apóstoles— que: *“el cristianismo salió del judaísmo cambiándolo un poquito; [8] del cristianismo salió el mahometismo y el protestantismo; y del protestantismo saldrá la nueva religión pura y triunfante”* ... de Jack Malloy, es decir de James Jones, es decir de Toynbee. [9]

Bueno. Feliz el que la vea. Pero James Jones no la ve. Se cansa al rato de la ideaza, o pierde la fe en su mesías y lo hace desaparecer en las tinieblas. Lejos nos hemos ido de Vico. La teoría de Vico es seria.

Del cristianismo no se puede esperar sino deformaciones (que es lo que fueron la Reforma y todas las demás innúmeras herejías, muertas en estos 20 siglos) o bien renovaciones. De la posibilidad de un *revival* del catolicismo depende la posibilidad del mantenimiento de nuestra civilización; y estas *renovaciones* del catolicismo han sucedido de

---

7 )- Se trata de una novela del escritor James Jones, publicada en 1951 y ambientada en 1941 en los meses previos al ataque japonés a Pearl Harbor. Incluye pasajes extremadamente rudos, escabrosos y hasta brutales, supuestamente basados en las experiencias del autor mientras servía en la Compañía "E" de la 27a. División de Infantería estacionada en Hawaii. Sin embargo, el fotógrafo y artista Hal Gould, compañero de armas del autor en la misma Compañía, atestiguó que, si bien la novela estaba basada en la vida de la unidad, incluyendo la descripción de algunas personas reales, tanto los personajes de la novela en sí como las duras condiciones descritas y los hechos relatados, son completamente ficticios.

8 )- Oigamos a Kirkegor, (Kierkegaard) que de religión sabía más que Malloy; *“La Iglesia Católica es “Lo Contrario” (“das Gegenbild”) del Judaísmo: aquí es Dios en su majestad quien se inclina sobre la tierra y quiere ser aprehendido en esa majestad, truena sobre el monte Sinaí; y así como Dios se tiene en su majestad, así también todo el culto con la humildad que el sentimiento de ser nada delante de Dios introduce, manifiesta lo mayestático; mas en la Iglesia es el hombre quien, subiendo más y más, es levantado, es ayudado por Dios — Dios comienza con su autorrebajamiento. Cristo tomó la forma de siervo y aun el Papa se llama siervo de los siervos”*. Tagebücher, 30 de octubre de 1838.

9 )- Traducción alemana de G. B. Fischer, año 1954, pág. 577

hecho, sin mudarse la doctrina; el clero francés actual, por ejemplo, es muy diferente del clero francés en tiempo de Montesquieu: y la religión es la misma.

Esa posibilidad de un recontacto de las naciones europeas con su fuente religiosa vital (o sea “la *conversión* de Europa”) parece más que improbable, imposible a los ojos modernos; porque realmente la corrupción (“*el desplazamiento de la mística en política*”) ha ido muy lejos y ha subido muy alto, quizá más que en ninguna otra época de la historia. Pero no hay que olvidar que todas las *renovaciones* históricas que conocemos han sido en su tiempo improbables e imprevisibles, y han surgido del seno de una situación humanamente desesperada: Cristo viene en la tempestad caminando sobre las aguas. Yo creo que un día vendrá el fin del inundo — del ciclo adánico — precedido de una corrupción religiosa irremediable; pero no lo he profetizado para *ahora* sino en forma conjetural y condicional. [10]

En suma, la relación sociedad-religión, proclamada desde Platón por tantos grandes pensadores, se puede expresar sociológicamente — prescindiendo de la verdad teológica mayor o menor de las diversas religiones — diciendo que *nación que pierde el sentido de lo sacro está perdida*. El *sentido de lo sacro* no es la religión sino algo anterior a ella; en el cual ella se encarna y a la vez lo estructura, en relación de materia y forma. La pérdida del sentido de lo sacro es uno de los signos más ciertos de decadencia: cuando todo se profana, y el culto, el sacramento, el juramento y hasta las palabras religiosas pierden su *temerosidad* o *majestad*, y se preñan de “política”: fenómeno muy visto en nuestros días.

Díganme, por ejemplo, adonde ha ido a parar la religiosidad cuando se puede “jurar la Constitución” públicamente, con gran pompa y a banderas desplegadas; y después apoderarse del poder y condenar por “traidores a la patria” a los que hicieron la Constitución. El juramento en este caso se ha convertido en una burla; y no hay ya religiosidad real, no sólo en los que hacen este estupro sino en los que lo apoyan, sostienen o consienten.

---

<sup>10</sup> )- Ver SU MAJESTAD DULCINEA

## 5. El "desorden estructural"

Nadie podrá negar a de Mahieu el haber puesto el dedo exactamente sobre la causa formal de la decadencia — que es la causa principal, la intrínseca y especificante. Ella no es otra que la “*confusión de las personas*” que dijo el Dante; la cual es llamada aquí “*desorden estructural*”.

La sociedad en definitiva se compone de personas; y su descoyuntamiento per ende se produce cuando las personas son arrojadas de su propio lugar social, y puestas donde no debían estar; lo que decimos vulgarmente *patasarriba*. “*Ara el caballo, ensíllame el buey*”, dicen los paisanos.

Para ilustrar este despatarro, de Mahieu trae la división de Vacher de Lapouge de las personas —socialmente consideradas— en cuatro clases: 1. Los creadores 2. Los realizadores 3. Los asimiladores 4. Los brutos.

Suprimid los *creadores* en una sociedad, ella no puede ir adelante, tiene que caer; y para suprimirlos el remedio es sencillo, basta ponerlos en el último lugar, abajo de todos. Que el hombre que tiene poder creador no pueda ganarse la vida, ya está en el lugar de los *brutos*, y más abajo aún; porque aquí en la Argentina todos se ganan la vida, y los brutos incluso hacen fortuna. Eso se llama en la Escritura “*matar a los profetas*”; y la muerte del profeta trae como contragolpe inmediato la aparición de los “*pseudoprofetas*”.

Se podría preguntar en qué lugar de los cuatro rangos de Vacher están los falsos valores, es decir, los simuladores, mistificadores y sofisticados; y si los dos primeros rangos definen a *los que hacen*; el tercero a *los que reciben* y el cuarto a *los que estorban*. Evidentemente los intelectualoides, los inteligentones y los inteligentuales se van al rango de los *brutos*. Pero eso no es aparente, puesto que no parecen brutos sino todo lo contrario, brillan con todos los fulgores de la mistificación y la “propaganda”. Dirigen bibliotecas y casas editrices, son impuestos como maestros y guías de las naciones al público indefenso, y hasta — en países dejados de la mano de Dios — gobiernan la educación de la niñez y juventud; pobre educación de mis pecados.

En realidad ese tipo social, tan abundante hoy día como las langostas del APOKALYPSIS, los inteligentones, inteleetualoides e inteligentuales,

son corrupciones de los dos primeros tipos, son “*luciferinos*” como los llama Raymond Aron, que procedentes de los rangos de los *sátwicos* y *rajásicos* perturban y soliviantan con sus falsas luces a los *tamásicos*, originando su rebelión, y en consecuencia “*la confusión de las personas*”, causa formal de la caída; como fueron los nobles felones y los clérigos corrompidos en el proceso de desviación de la Revolución Francesa. El *luciferino* es simplemente el pseudoprofeta de la ESCRITURA, el que grita: “*llegó la paz llegó la paz; y no había paz*”. [11]

En el pensamiento de de Mahieu, los *creadores* representan la actividad intelectual en su grado íntegro y desbordante; así como los *ejecutores* la actividad volitiva bajo el influjo de los primeros, los *hombres de acción*; que dejados solos no pueden ir muy lejos, por- que no pueden ver muy lejos; en tanto que los *creadores* sin los *hombres de acción* son como cabezas sin brazos, pues aunque nada impide que un genio intelectual sea también un hombre de acción, en la práctica y dada la limitación humana, el “*excessus intellectus*” — que dice Santo Tomás — pone trabas a la actividad ejecutiva, dirigida a lo contingente, a lo práctico, a lo posible, como notó el mismo santo. De donde la disyunción de las dos primeras clases entre sí origina parálisis; y su inversión, por la cual los *prácticos y enérgicos* son puestos encima de los *inteligentes* — como empezó a pasar en el mundo desde el siglo XVII, en la Iglesia incluso — origina decadencia. La filosofía de Francisco Suárez, que pone al intelecto práctico como una facultad diferente del especulativo y superior a él en cierto modo — netamente cismática en esto a la de Santo Tomás — representa la teorización de un estado de cosas que había comenzado ya en la realidad histórica, y que no se ha detenido hasta nuestros días.

Li cima de la actividad intelectual es la profecía. El profeta está por encima incluso del metafísico; y de hecho no hay un gran metafísico que no tenga una punta de profeta. La razón es que el profeta es a la vez profundo como el metafísico, y concreto como el político. El metafísico es el hombre de lo universal y el adalid u hombre de acción es el hombre de lo concreto, de la experiencia; mas el profeta marida en sí las dos cosas.

---

<sup>11</sup> )- Isaías

El profetismo puede ser sobrenatural y natural; y estos dos grados no son opuestos entre sí; de donde nace el concepto de *profeta* en sentido amplio, que abstrae de los dos grados. Profecía sobrenatural es predicción de lo futuro contingente, en nombre de una autoridad sobrenatural y en relación con el asunto de la salvación o perdición del hombre; o sea el núcleo más hondo y decisivo de la Historia de la Humanidad, que comprende también el destino de las naciones, desde ese supremo punto de vista. Y así vemos que los profetas hebreos — los más altos que han existido — son al mismo tiempo que previdentes, moralistas, teólogos y legisladores; y aun conductores, como Moisés.

En el pueblo de Israel se dio en forma visible la separación de los tres elementos rectores de una sociedad completa; el *profetismo* de Moisés, el *sacerdocio* de Aarón y la *reyecía* de David; todos los cuales recibían la unción sagrada; que habían de fundirse en el Gran Profeta futuro, el Hijo del Hombre, cuyo nombre propio es el Mesías o Ungido, en griego Jristos. En la cristiandad medieval las dos primeras clases se fundieron en una: los sacerdotes, que eran a la vez los sabios y letrados por un lado; y los nobles, que representaban la reyecía. Pero existe una oposición entre el sacerdote (el hombre del culto y la conservación de lo presente) y el profeta (vigía y creador del porvenir). De donde siempre que se da el fenómeno máximamente calamitoso del asesinato del Profeta, interviene en él el sacerdocio, o una parte de él (sacerdotes luciferinos) como se ve eminentemente en el ejemplo de Cristo.

La ESCRITURA está llena de la amenaza divina de quitar por causa de los pecados a su pueblo la luz profética, y abandonarlo a las malas artes de los pseudoprofetas, los que prometen venturas temporales, consuelan, halagan y adulan, y en vez de exigir el arrepentimiento prometen a los pueblos viciosos el éxito, la riqueza, el triunfo y el Progreso Indefinido, y al mismo tiempo por otro lado acrecen la desesperación. (Toda la obra profética eufórica y promitente de Víctor Hugo, por ejemplo, está recorrida en el fondo de un secreto estremecimiento de pánico). Esta amenaza divina culmina en la predicación de Jeshua-ben-Nazareth, Cristo dice: *“Mataréis al Profeta y surgirán bandadas de pseudoprofetas que llevarán a la Ciudad Santa a la última desolación”*. Y así fue.

El asesinato del profeta es el signo fatal del hundimiento nacional. Antes de matarlo físicamente se lo puede asesinar como profeta — cosa en que se especializa nuestra época — quitándole todos los medios de hacerse oír. Se lo mata al final cuando se ve que eso es muy difícil y casi imposible: San Pablo en la cárcel Mamertina convertía policías; porque el profeta habla también con su propia vida. Más adelante veremos qué es lo que pasa cuando un pueblo toma a sus maestros naturales, y los amordaza.

Existe la *profecía natural*, la cual estudió con atención Santo Tomás; y parece ser la disposición psicológica preparatoria para recibir la gracia de la profecía sobrenatural. De esta disposición natural se puede; usar bien o usar mal; porque no es una gracia *gratum faciens* sino *gratis data*. Psicológicamente parece consistir en una inmersión tan honda de la vida del profeta en lo presente que lo habilita a proyectar las líneas directrices actuales a lo futuro: así profetizaron naturalmente Nietzsche y Donoso Cortés en nuestros tiempos. Los que conocen bien la filosofía contemporánea — no los expositores de esquemitas de filosofía extranjera y robadores de ideítas de la filosofía alemana — pueden percibir en la dramática lucha entre Hegel y Kirkegor el suceso capital de ella; y literalmente el encontronazo de dos profetas, planeadores de dos mundos opuestos; a saber, el mundo del ateísmo radical y total, y el mundo del recontacto con la religión genuina.

Ni Donoso, ni Newman, ni Bloy, ni Kirkegor, ni Péguy — “*le prophète Péguy*”, si hemos de creer a André Rousseaux — pudieron ser asesinados, aunque el mundo actual cargó pesadamente sobre ellos; sobre los tres últimos en forma casi insoportable. Sacrificaron su vida a su mensaje, y lo produjeron, Péguy, amenazado por el hambre, tachado por su familia de “fracasar en todos los negocios” y por sus adversarios de *fainéant*, y pechando a todos sus amigos para mantener sus CAHIERS, es editado hoy día entero y casi con lujo por la NOUVELLE RÉVUE FRANÇAISE, lo cual quiere decir que su angustioso “mensaje” está hoy al alcance de todos... los que tengan oídos para oír. La muerte heroica y casi temeraria en las trincheras de Villeroy lo libertó oportunamente de una carga que ya frisaba en la desesperación y el derrumbe;

*“Dichoso aquel que muere sobre un campo de guerra  
pero siempre que sea campo de guerra justa...  
Dichoso aquel que muere por diez palmos de tierra  
donde posa sus plantas alguna causa augusta.*

*Dichoso aquel que pone muerte limpia en la perra  
vida, sin haber hecho dolo ni fuerza injusta;  
dichoso aquel que compra su tálamo de tierra,  
que compra con su sangre la cama eterna adusta.*

*Dichoso aquel que muere por la Cosa Solemne,  
aunque sea pequeña como un grano de anís;  
dichoso aquel que muere para que quede indemne  
la vida de un niño, la gloria de un país.*

*Dichoso aquel que muere por algo que es perenne  
sea el Santo Sepulcro, Dulcinea o Beatriz...  
O por un sol en campo de doble cielo y lis” [12]*

Improperio sobre Jerusalén. Este *improperio* está entre los papeles íntimos de un “profeta asesinado” — hay varios en la Argentina, al menos en sentido amplio; ¿por ventura el P. Castañeda no se puede llamar un profeta de la tradición nacional, Méndez Calzada un profeta del teatro nacional, Lugones un profeta de la restauración? —, papeles de los cuales disponemos y nos parece no indiscreto copiar aquí.

Dice así; *"Jerusalén, Jerusalén , que matas a los profetas... ”.*

Un pueblo que mata a sus maestros naturales está perdido, y no hay más que llorar sobre él. Un pueblo que mata a sus maestros naturales se saca los ojos. No es necesario que los mate físicamente, basta que los mate como maestros. Basta que al escritor que sabe, por ejemplo, no le deje editar sus libros; basta que al escritor que construye, no le deje difundir sus escritos; al escritor que tiene la palabra de la salud, le haga el vacío delante y entorno. Ese pueblo se vuelve voluntariamente ciego. Y entonces se hace guiar por otros ciegos, pues no puede ver que son ciegos. Y se precipita al abismo.

---

<sup>12</sup> )- Traducción de Jerónimo del Rey.

## 6. La libertad

Por cuarta o quinta vez en su corta historia, la Argentina ha conquistado la “Libertad” definitiva. No le ha costado mucha sangre; y no ha sido la sangre de los culpados sino la de los inocentes, de acuerdo a los misericordiosos designios de Dios: los muchachitos cordobeses.

De modo que ahora tenemos libertad para hacer lo que queramos: para callar la verdad o propalar la mentira los diarios grandes, siempre que sea mentira conveniente al Gobierno y a la caja; para fundirse los diarios chicos; para dedicarnos con fervor a la politiquería, siempre que sea dentro de un partido aprobado; para divertirse el que pueda divertirse; para quemar basuras si el municipio no las quema; para trabajar el que tenga trabajo; para comer el que tenga qué; y para votar — ¡oh, para votar! — si nos dejan votar, aunque sea para colaborar patrióticamente en un posible “Gran Fraude Patriótico”.

De Mahieu sabe muy bien lo que es “Libertad”; y repite la palabra de Hegel: *“No puedo entender lo que significa «libertad», si libertad no dignifica «poder»”*. Efectivamente, el único que tiene libertad de hacer una cosa es el que puede hacerla.

De donde se sigue directamente que en el Estado Moderno, que es “totalitario” de más en más — llámese Unión de Repúblicas Soviéticas, nacionalsocialismo, fascismo, democracia —, la libertad del individuo disminuye paralelamente a la absorción del poder por parte del Estado.

Al Estado Moderno no le cuesta nada proclamar a bombo y platillos que otorga al pueblo la “Libertad” — y lo hace tanto más cuanto menos existe de hecho —; pero, libertad real no habrá si disminuye o es aniquilado el *poder* de las fuerzas cuyo haz constituye la sociedad (familias, gremios, empresas, instituciones naturales) y de las cuales el Estado legítimo no debería ser sino la estructuración política; tanto más perfecto cuanto más insumido y corporizado en ellas. La antigua monarquía francesa estaba sustentada por las cuatro columnas de Iglesia, Universidad, Nobleza y Gremios — incluso aquí los Parlamentos — que tenían su vida propia y a las cuales no era cómodo ofender; de manera que Luis IX por ejemplo, teóricamente “rey absoluto” podía hacer muchísimo menos cosas — y prepotencias — que un presidente democrático-liberal de la República Argentina, sobre

todo si es “Provisional”. De modo que había mucha más libertad real en el pueblo, *s’il vous plaît*, bajo esos déspotas ensangrentados, que Víctor Hugo elocuentemente cubre de maldiciones y de ludibrio, que en nuestros libertarios tiempos... *s’il vous plaît*.

Nosotros te queremos, oh pueblo, enormemente  
Y porque te queremos te damos libertad  
De hacer todo lo malo que puedas cautamente  
Y de saberlo todo, todo, hasta la verdad  
Cuando ella no va en contra de nuestra autoridad.

En todas las “luchas por la Libertad”, la libertad resulta disminuida, aunque venza ¡qué será si pierde! Cuando la libertad crece es cuando no se “lucha por la Libertad”, y aun no se acuerdan de ella; cuando se lucha “por los augurios y el matrimonio sacro”, como los Plebeyos contra los Patricios en la República Romana; o por el Santo Sepulcro como en el Medioevo; o contra los moros, como en España. Es un hecho. No decimos esto para que los cristianos argentinos dejen de luchar por “la libertad de enseñanza”; eso no es luchar por la libertad sino simplemente por la educación, contra la idiotez.

Para mejor, al lado del poder totalitario del Estado democrático moderno — o detrás de él, mejor dicho — existe el poder totalitario del dinero, que es el que gobierna en realidad de verdad en las naciones sedicentes democráticas. De modo que entre estos dos poderes (el poder político débil e hipócrita que da libertad al pueblo para votar y para corromperse, y el poder inflexible del capitalismo que le da libertad para lo mismo y morir de hambre encima), la libertad del pueblo está como un bife entre dos planchas.

De Mahieu, y cualquiera que lo lea, y cualquiera que no sepa leer y conserve por ende el sentido común, sabe perfectamente que hoy día se ha creado un ídolo con la palabra Libertad — así con mayúscula —, que es propuesto a la adoración de las masas; primera vez en la historia iadorar un *flatus vocis*!, un soplido. En su ensayo EL ANTICRISTO, en el año 1846, John Henry Newman, un cardenal que sabía teología, notó que unos 50 años antes se había intentado fundar el culto religioso a un Dios nuevo, “*enteramente desconocido de nuestros padres*” [13] 31 en la

---

<sup>13</sup> )- Daniel, XI, 38

figura de la Libertad y la Igualdad, representadas por una prostituta con el nombre de la “diosa Razón”. Newman ve en eso la solución de una contradictoria que hay en las antiguas profecías, a saber: que el Anticristo, por un lado, será ateo y suprimirá a todos los dioses; y, por otro, adorará y hará adorar “*a un dios violento; que va a rendir culto con oro, plata, gemas y diademas a un Dios nuevo, que sus Padres no conocieron. Así hará él en todas las fortalezas [o pues- tos militares] con un Dios singular, que él habrá elegido, y al cual rendirá gran honor*”. [14] No dice Newman que Robespierre sea el Anticristo, ni que esa “diosa” será el Dios de la Era Atómica; nota simplemente que el fenómeno levanta (*aufgehoben*) la contradicción entre ser ateo y a la vez adorar un ídolo. El Anticristo adorará y hará adorar a sí mismo; no de cualquier modo, sino con “*oro, plata, gemas, y riquezas*”. El capitalismo no le va a estorbar mucho al Gran Perverso.

¡Adoremos la Libertad! Adoremos la libertad de los hijos de Dios, la cual se basa en el amor a la Verdad, que no puede existir sin la práctica de la virtud.

La libertad de todos — y sobre todo del débil — se basa en la vigencia de un orden moral. *Virtud es poder*. Sin la vigencia del orden moral, un pueblo entra como pueblo en la decadencia. Y nunca parece peor la libertad que cuando se halla en palabras y ficciones y no en realidades.

## 7. Ambigüedad de la “decadencia”

De Mahieu aplica las palabras *decadencia* y *prosperidad* en el sentido político estrictamente, conforme a su muy consciente presupuesto metódico; y así sus análisis son exactos, aunque limitados.

Es evidente que cuando una nación desaparece o es avasallada o devorada, políticamente está en —el último grado de la — decadencia; y que cuando está tan fuerte que puede hacer de su voluntad ley para las otras, está próspera políticamente. El proceso entre esos dos extremos es el estudiado por de Mahieu.

---

<sup>14</sup> )- Ibid.

Pero, por ejemplo, Irlanda, oprimida por Inglaterra, o Polonia, dividida entre sus tres vecinos, ¿eran naciones menos felices que sus opresoras? Ya no es tan fácil de determinar. Si feliz significa noble, por ejemplo, no eran menos felices, sino más.

La palabra *feliz* tiene tres sentidos, según se pronuncie en el plano sentimental, en el plano ético o en el plano religioso. Allá por 1951, cuando Eva Duarte estaba a punto de ser nombrada vicepresidente, no había mujer vulgar en la Argentina que no la tuviese por feliz, y aun por la más dichosa del universo; y lo era efectivamente, en el plano ético. Paz en su tumba.

Lo mismo se aplica a las naciones. Nada impide que una nación oprimida económicamente o políticamente tenga una verdadera grandeza moral o religiosa: el pueblo de Israel en gran parte de su historia es un ejemplo de esta última grandeza.

Hay dos clases de pobreza, dice Montesquieu: una la de los pueblos que son despojados de sus riquezas naturales por sonsos — el cual sería el caso de la Argentina, nación “pobre” actualmente, como lo experimento yo, y como lo afirman todos los “prébiches” [15] —; otra, “*cuando una nación desprecia el dinero porque tiene sus mientes puestas en empresas más grandes*”. En suma, existe la pobreza del vicioso y del haragán, la cual es miseria; y la pobreza del asceta, la cual es riqueza espiritual: la pobreza de Castilla.

El caso tan discutido de Inglaterra — discutido por los ingleses ante todo — es el ejemplo típico. Inglaterra despojó a los monasterios, hizo un cisma y decidió por ese hecho la disgregación de la Cristiandad; e inmediatamente subió a un alto grado de poderío económico y político, indudable. Benefició del principio sociológico positivista que dice: “*cuando una nueva manera de vida aparece en el mundo, la nación que primero lo descubre y adopta, se levanta*”. En este caso, el capitalismo. Pero se levanta ¿en qué sentido? Solamente en el sentido *de esa nueva manera de vida*. Y así hay una fuerte escuela de

---

<sup>15</sup> )- Referencia a Raúl Prébisch (1901-1986), político, académico y economista argentino. Luego del derrocamiento de Perón, el Gral. Lonardi le encargó la redacción de un informe preliminar sobre la situación económica argentina, en donde recomendó, entre otras, medidas de ajuste estructural y la inserción del país al Fondo Monetario Internacional. [DM]

pensadores ingleses que sostiene que el cisma inglés y la revolución que lo siguió representaron la muerte de la “Merry England”, la decadencia de lo noble y por ende de la alegría moral, paralelamente a la opulencia material. Cobbett y Dickens serían los dos implacables y humorosos testigos de esa otra decadencia, paralela y subordinada.

Oigamos a Montesquieu, tan ingenioso y vivaracho como corto de vista: *“Enrique VIII, queriendo reformar la Iglesia de Inglaterra, destruyó los monjes, nación perezosa ella misma y que fomentaba la pereza en otros, porque, «practicando la hospitalidad», una infinidad de gentes ociosas, gentilhombres y burgueses, pasaban la vida en correr de convento en convento [?]. Él quitó también los «hospitales», donde el pueblo bajo encontraba subsistencia, como los gentilhombres la suya en los monasterios [?]. Después de estos cambios, el espíritu de «comercio» y de industria se establece en Inglaterra”*. [16]

La desenfrenada admiración de Montesquieu y de Voltaire por el progreso material visible de Inglaterra los lleva hasta transformar la hospitalidad y los hospitales en malas obras y calamidades públicas; y a atribuir la causa de esa prosperidad — que es más compleja, y una de cuyas raíces fue viciosa, y, por ende, causa de ruina venidera — exclusivamente al traspaso de los bienes de los monasterios, que eran hospitalarios, a manos de los Céciles, Crómwelles y Marlboroughes, que no lo eran.

Me hacen acordar a un miserable plumífero argentino — o español; o mejor dicho, ni argentino ni español — que, llevado del odio político — o del odio *tout court* —, se arregla para transformar en una “mala acción” el hecho de que Juan March haya regalado en Barcelona 1.200.000 dólares para fomentar las artes y las ciencias, y realizar asistencia social. Ojalá que hubiese *una* de estas “malas acciones” entre los ricos de la Argentina, sea que la haga para “*salvar su alma*” —como reprocha el mísero periodista a March —, sea simplemente para salvar el resto de sus riquezas. [17]

Decimos pues que la palabra *prosperidad* o *felicidad* aplicada a una nación es *análoga*; y aun a veces *equivoca*. La *felicidad* para una

---

<sup>16</sup> )- L'ESPRIT DES LOIS ; Parte IV; Capítulo XXIX, al fin; las comillas francesas fueron puestas por mí.

<sup>17</sup> )- Cf. Diario L a Razón , Buenos Aires, 3 de marzo de 1956, pág. 4.

nación ignorante o viciosa puede presentarse en forma de grandes calamidades colectivas, conforme a la ley formulada por Vico; como encontramos ejemplos en la ESCRITURA, donde los profetas predicaban desastres políticos nacionales con la cláusula esperanzal de que "*el residuo será salvo*": el residuo, es decir, la minoría sobreviviente vuelta pía, sobria y veraz por el sufrimiento, que representa la verdadera alma de Israel.

Todo el punto está en si dentro de esa nación hay *alma* todavía; porque la lucha, aun la más cruel de las luchas civiles, es superior a la *paz en el desorden*, la cual es mera podredumbre, y tanto más peligrosa cuanto podredumbre lenta.

La instancia moral es más alta que la instancia sentimental y *a fortiori* que la instancia logrera y usurera, la cual ni siquiera tenían en cuenta los antiguos filósofos políticos; y se ha hecho la única instancia en nuestra época. La instancia moral es más alta, y sus leyes son naturales e ineludibles. Nación viciosa = nación que se acarrea la ruina. Y en lo más alto de la estructura de los vicios colectivos está el error, la necedad. Y el error más grave es el que se comete en materia religiosa. No se puede salir de ahí.

Montesquieu, con el cual me he entretenido estos días, emprende en su larga obra — que no carece de aciertos parciales y una moderación y buen sentido francés sumamente apreciables — la creación de una república basada sobre la virtud; y al mismo tiempo la destrucción de la religión, tal como existía entre los franceses. El propósito es contradictorio; y el resultado del "*acerado panfleto contra el cristianismo*" — como lo califica, después de Faguet, Gonzague Truc — lo mostró de sobra.

Ya se lo dijo en su tiempo el bueno de Marivaux, con gran discreción... *Marivaudage* significa hoy día en francés algo que es esencialmente casquivano (*frivole*), aunque gracioso y fino; y sin embargo el bueno de Marivaux era mucho menos casquivano que el solemne barón de la Brede y presidente del Parlamento de Burdeos. Marivaux era un casquivano casto; y el presidente del Parlamento era un solemne libertino, como nuestro prócer don Bartolomé Mitre, El libro L'ESPRIT DES LOIS, que les recomiendo, se parece a las óperas de Von Weber (ABU HASÁN) ; el cual aprendió la delicada *broderie* de la ópera italiana, pero

no tiene la fuerte sustancia musical de la escuela alemana: Beethoven. Montesquieu es más fino que Vico, pero no es Vico.

## 8. La moral

No queríamos hablar de la moral; pero de Mahieu habla.

De Mahieu enumera como causas eficientes de la decadencia los vicios colectivos, y nombra algunos de los más "eficientes" en ese sentido, como los vicios carnales, el alcoholismo, el robo y la mentira.

Sentiríamos mucho que este acápite — que será breve — suscitase un *plus* de "comisiones investigadoras". Una monja vieja y muy sensata nos decía días pasados: "*Pero este general Aramburu ¿es un general o es el Juicio Final?*". Quería decir — si no nos engañamos — que es dignísimo de un gobernante querer moralizar a su país; pero que se equivoca si cree que su deber profesional es hacer una nación químicamente pura, poniendo a un lado todos los elegidos y al otro todos los réprobos; sobre todo si entre éstos hay muchos compañeros suyos que han hecho exactamente lo mismo que él.

La relación de la moral con los medios políticos es un filosofema delicado, que no tocaremos aquí porque de Mahieu no lo toca; y somos prologuistas, no "apendicistas". Baste decir que con medios políticos se puede fomentar indudablemente la moral externa, que podríamos llamar la *decencia pública*; y eso sí es incumbencia directa del gobernante; pero no se puede crear "moral" *tout court*, porque ésa se crea solamente por medios morales. Ningún gobernante puede suprimir con medios políticos la prostitución, por ejemplo; por lo cual el mismo purísimo Santo Tomás de Aquino concluyó que el Príncipe debe "tolerar" — no fomentar ni explotar — la prostitución, cuando de su prohibición legal surgieran daños mayores. *Tolerar* no es *aprobar*, sino que es no poder otra cosa. Un Príncipe que quisiera suprimir *todos los males existentes*, crearía males mayores enseña el santo; y el sentido común; y la experiencia.

Lo que concierne directamente al Príncipe son los pecados contra la patria, que los romanos llamaban *perduellium*, y tenían por los más graves de todos, después del sacrilegio. La doctrina liberal tuvo como

consecuencia suprimir de los códigos y aun de la conciencia pública el pecado de perduelio; pero díganme: si es punible que yo dañe a mi prójimo ¿cómo no ha de serlo, y más, que yo dañe a toda la comunidad?

El bendito librito de Rousseau suprimió por ejemplo el crimen de *sedición*; que según Santo Tomás es “pecado grave”. Ahora, gracias a Rousseau, no se puede distinguir más entre el pecado de sedición y el levantamiento legítimo de una comunidad contra un tirano: se ha hecho la noche, en la cual todos los gatos son pardos; porque según el CONTRATO SOCIAL no puede haber nunca sedición, o toda sedición es buena. Y así de otros perduelios.

Los editores que por ganar dinero difunden literatura malsana o idiota — que es la más malsana de todas — y aun truncan la salida o venta de impresos excelentes por motivos ideológicos, venganzas, rencores o banderías, éstos cometen delito de perduelio. ¿Por qué no han de ser castigados? Al contrario, lamen a los gobiernos pidiendo subsidios, premios y facilidades como “benefactores del comercio y la industria”. Eso es un contradición... Y así de muchas otras cosas.

En los actuales acontecimientos por ejemplo — y en esto no hago más que repetir lo que oigo — el pueblo discurre así: “Los militares y marinos sabían que el *gobierno depuesto* robaba; y robaba en grande. Para *deponer* al gobierno tiránico expusieron sus vidas, y la vida de mucha gente que no tenía nada que ver, y que la perdió inocentemente. Entonces, ¿por qué no fusilaron sobre el tambor después de vencer a tres o cuatro de los principales perduelis, en vez de dejarlos huir? Eso hubiese entonado rápida y eficazmente la moral pública, pues efectivamente el robar los dineros públicos es perduelio y la moral cristiana dice que hay en eso tres pecados mortales, cosa que nunca predicán sin embargo nuestros grandes predicadores. En vez de eso, y haciendo concebir dudas acerca de su propio sentido ético, hicieron una gran redada de ladrones menores mezclados con inocentes, y los obligan ahora a probar que la fortuna que tienen es suya, dando vuelta del revés el principio jurídico de que *melior est conditio possidentis*, eliminando así 25 siglos de civilización jurídica, y exponiéndonos a un enredo interminable que al final se disipe en humor y cháchara, sin que quede castigado al final nadie fuera de nosotros, el pueblo; que es el

que siempre las paga todas; porque en esa redada marinera se han enredado ellos mismos en procesos fumosos e interminables, en los cuales al final — ya lo verá usted si vive — se les van a escapar todos los culpables y van a quedar castigados los inocentes..." Hasta aquí el público.

No se ha sabido aquí por desgracia — o se ha olvidado — el gran principio político formulado así por el agudo creador de la "ciencia política"; "El príncipe nuevo que debe castigar, hará bien en dar un golpe muy duro al principio, a las cabezas, y después mostrar benignidad; porque lo amargo se ha de poner al principio y lo dulce al final. Si al contrario, empieza con blanduras y después quiere apretar, se hará singularmente odioso; porque su nueva rigidez será interpretada como crueldad, y su antigua dulzura como debilidad." [18]

Esto lo sabe incluso uno que ha gobernado una clase de muchachos de liceo.

Para terminar con este tema, diremos que un grado preeminente de decadencia reina en una nación cuando los gobernantes son inmorales, y se llenan la boca con palabrería moral y exigencias de moral... para los demás. Esta situación la anatematizó Cristo cuando dijo: "*Los potentes de este mundo ahora explotan y oprimen al pueblo, y se hacen llamar «Irreprochables», «Incorruptibles» o «Benefactores».* Eso está encerrado en el acerado versículo "*Benefici nuncupantur...*" Pilatos se lavó las manos en público; y consta por varios indicios históricos que era muy sucio adentro.

En esos casos de gran decadencia no queda más remedio que la *acción moral*; la acción política no basta, estando ella misma inmoralizada. *La acción moral es hoy día en la Argentina la cosa más necesaria y peligrosa que existe.* Estos casos de descuajeringamiento hereditario piden acción moral heroica, en algún gradito al menos. Pero no hay heroísmo moral ni cívico ahora: los argentinos actuales somos flojos; o como dijo la chola boliviana, "*las mujeres somos frágiles*". Al revés, parecería que ahora las mujeres en Agathaura son más enérgicas que los varones.

---

<sup>18</sup> ) EL PRÍNCIPE, Capítulo IV

## 9. Ejemplos

El ejemplo clásico de decadencia nacional con sus naturales consecuencias es el Imperio Romano en tiempo de San Agustín. No es necesario repasar los monumentales estudios de Mommsen y Guglielmo Ferrero, bastan las obras del Obispo de Hipona en África. Las continuas sublevaciones de generales, que ponían y deponían emperadores, habían concluido por avezar a la usurpación del poder y convertir por ende en título de legitimidad gubernativa el mero hecho de tener armas. De donde siguió una cadena de períodos de anarquía, cortada por períodos de las dos cosas juntas.

En el tiempo de la vida del santo — desde mediados del siglo IV a comienzos del V (354-430) — hubo en Roma nada menos que tres generales usurpadores, a saber: Máximo III que duró 3 años; Juan I, dos años, y después asesinado por supuesto; y el peor de todos, Attalus I, que duró más de 10 años. Y durante suyo, se produjo el tercer ataque y saqueo de la Urbe, cabeza del mundo civilizado. En el tiempo de la vida de un hombre, el Imperio se dividió y se reunió tres veces; en tanto los reyezuelos bárbaros luchaban entre sí — en nombre del Emperador — y se quedaban con pedazos tan grandes dél como toda España (godos y vándalos) y Francia Sur (francos), hasta que al fin el Imperio se pierde en Occidente y queda reducido a su mitad oriental, Constantinópolis.

San Agustín abandonó los temas políticos —después de declarar altivamente que *"los pueblos corrompidos sólo pueden ser gobernados por tiranos"*— y se dedicó al tema religioso, en lo cual lo voy a imitar *tandem aliquando*. Estaba él en el Concilio de Cartago contra los donatistas y pelagianos el año 410, cuando le llegó la noticia de la destrucción de Roma por Alarico, que muchos cristianos tomaban como señal del fin del mundo inminente; y otra vez quiso hacerse el duro y proclamó que *"no tenía por hombres a los que se asombraran de que se caían las casas y morían los mortales..."*. Mas cuando los vándalos cruzaron el Estrecho y sitiaron Hipona, dejando tras sí un reguero de ruinas, aflojó el santo y se murió de pena; "pidió a Dios se lo llevara", dicen los devotos. En el fondo era buen patriota, aunque parecía un perfecto nazi: era en realidad un patricio.

La razón de que se oscilara tan fácil de tiranía a anarquía es que en el fondo dellas hay algo común, que es el *desgobierno*; el Tirano, aunque al parecer gobierna demasiado, en realidad no gobierna, porque no *ordena* (orden) mas solamente *manda* y atropella. Pero la gente en general de este país no sabe a punto fijo lo que es *tiranía*, ni lo que es *anarquía*: las conocemos solamente por sus efectos; es decir, cuando es demasiado tarde. Educados por José Mármol y José Ingenieros, creemos que *tiranía* es a manera de un despatarro de mazorqueros, fusilamientos o degollinas, cintas punzó, insultos inmundos y salvajes al adversario... y la pobrecita Amalia que cae acribillada a tiros en los brazos de su amante Torcuato — o como se llame — en medio de las carcajadas mefistofélicas de Cuitiño. Y en cuanto a la *anarquía* se nos hace que es una especie de caos, despelote y entrevero general. Pero en rigor lingüista, tirano no significa duro, ni déspota, ni cruel a no ser en los dramas de Lope; Luis XI de Francia fue todo eso y no fue un tirano, lo mismo que Solano López del Paraguay. Ni tampoco *anarquía* significa una merienda de negros. Hay anarquías de frac y corbata blanca.

Técnicamente *anarquía* significa falta de vigencia de la Ley; y *tiranía* significa falta de vigencia de la Ley.

*Ley* significa un algo que esté por encima de la voluntad y aún de la cabeza de los hombres, en el sentido que diremos ahora. En los dos extremos de la corrupción política predomina sobre la Ley la voluntad de los hombres: en la tiranía, la de uno; y en la anarquía, la de muchos. Cuando dije *Ley* no quise decir lo que llaman *ley* Grotius, Karl Schmidt, Kant o Hegel; un instrumento de la voluntad del político; sino lo que llamaban *ley* — positiva o natural — los antiguos: ordenación de la Ley Natural... o "*las leyes naturales son las mismas inclinaciones de las cosas a sus fines propios*" y Ley Natural no es otra cosa al cabo sino "*la luz del intelecto infundida en nosotros por los cielos, con la cual conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar*", dice Tomás de Aquino.

Hoy día la han apodado feamente *imperativo categórico*. Atrás, pedante.

Esta diferencia entre el concepto de Ley de la tradición y la nueva ley rusóica de la Revolución deberá ser objeto de otro capítulo — si Dios no

lo remedia — pues ella es capital: no es indiferente, antes es diversísimo que la ley descienda del intelecto, como quería la filosofía antigua, o de la voluntad, como quieren las modernas filosofías, voluntaristas; o por mejor decir, la sofística contemporánea. "*Decir que de la Voluntad de Dios [Occam, Descartes] depende la ley moral —dijo Santo Tomás— es blasfemia*".

Baste decir ahora que cuando nuestros abuelos el siglo pasado hablaban de *restaurar las leyes* y exornaban con el título de *Restaurador de las Leyes* al que no nombraré — para no convertirme *ipso facto* en "nazi" —, querían decir *volver a las leyes de antes*, a las de siempre, a las eternas... a la idea antigua de Ley. No pretendían muchas leyes ni leyes nuevas: que si a eso vamos, don Bernardino González Rivadavia era machazo en eso: promulgó lo menos cinco veces más que el Otro — por eso ahora andamos las rioplatenses por la ley 20.000 y pico—. Lo que querían era que la Ley se mirase de otra manera; querían en suma que fuese necesaria y obedecida, y eso por parte de todos, empezando por el mismo Mandatario, convertido así en promulgador y vocero de la Razón y puesto por debajo della, para lo cual era necesario que la Ley fuera justa, pareja y prudente; o sea, de acuerdo a las costumbres y "*derivada de la razón en orden al bien común*", derivada de la Deidad en definitiva, "*f fuente de toda razón y justicia*"; "*de los cielos*", como dice el de Aquino.

Mas para que la ley salga realmente Ley — lo cual no es soplar y hacer botellas —, ley propia pareja y prudente, comúnmente se requiere no salga del mate de uno solo, sino que se junten varios mates buenos... y si fuere posible, todos. Y esto es *democracia* según el muy nazi de Santo Tomás, que era hijo de una condesa alemana. No "democracia cristiana" porque en aquellos tiempos atrasadazos no se habían misturado todavía política y religión, sino *democracia* a secas o *república* porque "*el gobierno es más suave y más feliz cuando todos tienen en él alguna parte en la medida de su capacidad...*" Ojo con esta "*en la medida*"; ese inciso es capital para distinguir la vera democracia de las falsas, que hoy día viborean y campan.

La *masa* no tiene medida alguna de capacidad para el gobierno: no es nunca amasadora, aunque puede ser *amansadora*.

A mí en la clase de historia me enseñaron que en este feliz país donde nací por casualidad

porque estaba aquí  
mi señor papá  
claro está con mi mamá,

hubo una andanada de períodos de tiranía y de anarquía, cortados por relámpagos de paz; a saber:

1. Tiranía bajo los reyes de España, atestiguada por eí mismísimo Himno Nacional;
2. La “Libertad” que como un rayo del cielo — y de Mariano Moreno— rompió con ruido todas las cadenas

el 25 de Mayo  
día del trueno y el rayo  
último del despotismo  
y ... primero de lo mismo.

3. La “Anarquía”,
4. La “Tiranía” de nuevo — el que te dije —
5. La Libertad de nuevo, con la ayuda de los brasileros y la constitución de 1853; esta vez libertad definitiva y eterna...

Pero resulta que en el 90 hubo aquí una revolución muy seria, después de varios conatos, contra la “tiranía” o la “oligarquía”; y en 1912, cuando salí de la escuela, se impuso el Sufragio Universal Libre y Obligatorio, y se recobró la “Libertad” definitiva, pero en 1930, el Ejército Argentino, mandado por Uriburu, hizo otra revolución contra otra tiranía y luego en 1943 otra revolución contra la Oligarquía, mandada por diversos generales. Entonces se me confundió toda la historia, perdí mi latín y ya no comprendía nada, cuando estaba estudiando en París. Recuerdo en 1932 los diarios franceses de provincia describían el “proceso” argentino más o menos así: *“Et alors, le général Ouribourú sortit son revolver et chassa le général Irigoyen; mais alors, quoi, un autre général, Agustín Justó, sortit son revolver*

*et chassa le général Ouribourú, lequel, étant un grand ami de la France, vint á Paris ... et y mourut..* [19]

Recuerdo me daba una vergüenza imponente leer eso; hasta que un día me consolé diciendo, con el autor del ENTE DILUCIDADO [20]: “*Los monstruos ¿somos nosotros o lo son ellos?*”.

Pero se me confundió grande toda la historia argentina, y recién ahora, a los 60 años, se me comienza a ordenar de nuevo. Días pasados encontré un muchachito de 15 años leyendo precozmente la VIDA DE ROSAS de don Carlos Ibarguren, el cual me dijo: “*Tío, el fruto desta lectura es bastante triste; porque resulta que en la escuela me han engañado*”. A lo cual respondí: “*Dale gracias a Dios que te enteras a los 15 años; yo no me enteré hasta los 35*”.

Pero desto que diré ahora, recién me enteré a los 60; a saber: el eje permanente de la historia argentina es la pugna entre la tradición hispánica, ya no muy pura, y el liberalismo foráneo, bajo cuyo signo nacimos a la “vida libre”; y esa pugna continuará hasta el año 2,000 por lo menos, como está narrado en el libro SU MAJESTAD DULCINEA de inminente reedición... (*Inminente* no significa *próximo* como creen los loquitores, sino *amenazante*). El pueblo argentino jamás asimiló el liberalismo inglés o francés o norteamericano: no se sabe por qué. Los liberales lo han tenido aquí todo para hacérselo asimilar: el progreso, la moda y la mentira, prensa grande, libros, universidades... y hasta sacerdotes, curas y obispos liberales o liberaloides; y el pueblo argentino no lo asimiló; mala suerte. Cada vez que el pueblo elegía libremente su *caudillo* — el primer derecho del pueblo, decía Estanislao López — eligió un caudillo antiliberal. Ninguno dellos les salió muy santo y uno dellos les salió al final con una locura, mas el pueblo, “*les petites gens*” que dice el francés, permaneció tozudamente en su actitud antiliberal. El Partido Radical cuando comenzó a “liberalizarse” empezó a decaer, es un hecho: algo aflojó en su espinazo.

---

<sup>19</sup> )- Y así, el general Uriburu sacó su revólver y expulsó al general Irigoyen; pero luego, otro general, Agustín Justo, sacó su revólver y persiguió al general Uriburu, quien, siendo un gran amigo de Francia, vino a París ... y murió allí. (DM)

<sup>20</sup> )- Antonio de Fuentelapeña fue un fraile capuchino del siglo XVII autor de tres particulares escritos en el que destaca el tratado sobre la existencia de criaturas fantásticas.

Esto es para mí una especie de prodigio. Será por inteligente o por tozudo, por falta de religión o por sobra, por falta de cultura o por sobra; pero el hecho está allí, macizo como una roca: el pueblo no quiere a los liberales.

En este momento histórico, eso se comprende un poco: no hay liberales de gran talento aquí y ahora.

Miren los que hay escriben o hablan bien, con autoridad, eficazmente, no son liberales: liberales de gran calibre, un Sarmiento, un Mitre — o digamos incluso un Lisandro de la Torre —, no hay. Mas el pueblo (la masa) erre que erre, en cuanto le dan cancha libre va y enalza un caudillo no liberal hasta las nubes. Para mí que la culpa la tienen los médicos, los curas... o la "Acción Católica".

De modo que al pueblo argentino (la masa) le pasa un poco lo que le pasó a Julio Camba. Cuando el gran humorista español escribió el mejor de sus libros, HACIENDO DE REPÚBLICA, sus amigos de la peña, la redacción o el café exclamaron: "*¡El gordo se ha convertido al catolicismo!*", el gordo replicó: "*No. Lo que pasa es que me di cuenta de que soy católico*". Así la masa argentina — que definir el liberalismo no sabía — se da cuenta sin cesar que es antiliberal... Y no se puede decir que la culpa la tienen los "nazis", pues en tiempo de Irigoyen no había "nazis".

De modo y manera que si la historia tiene leyes fijas — lo cual no es seguro — se podría predecir esto: ahora han copado la "Revolución" los militares, vendrá otra revolución y pondrá en el inestable y codiciado trono a un antiliberal. En menos de 10 años. ¿Por qué 10 años? Porque los plazos de las revoluciones argentinas se van acortando sensiblemente.

Hablo de las revoluciones totales, que cambian la "ins-ti-tu-cio-na-li-za-ci-ón", haciendo oscilar el péndulo de un extremo al otro. No hablo del golpe de San Martín en 1812 o las "revoluciones" radicales de 1893 o 1905, que fueron meros colazos del 90. Y bien:

|                                    |         |
|------------------------------------|---------|
| De la Revolución de Mayo a Caseros | 43 años |
| De Caseros a Alem-Irigoyen         | 42 años |
| De la del 90 a Uriburu             | 40 años |

De Uriburu a Farrell

13 años

De Farrell a Lonardi

12 años

¿A qué se deben estos ciclos? Se deben a que los militares jóvenes deben imbuirse de la ideología correspondiente para hacer la correspondiente “revolución” (es decir, tienen que ir juntando rabia) penetrándose de la ideología de Rousseau o de Echeverría si gobierna un caudillo absoluto; y de las ideas absolutistas si gobiernan caudillos liberales — por fraude —...

Así durante la “década infame” los oficiales jóvenes absorben las ideas del PAMPERO y se convencen de que el país “anda mal”; y durante la década siguiente, se dan cuenta por sí mismos — y por los *panfletos* — de que la libertad es también necesaria y que otra vez el país “anda mal”; y entonces ¡pumba!.. .. *"Le général X sortit son revolver et chassa le général Z"*; y así sucesivamente.

Hay que tomarlo un poco en broma; al fin la vida es corta; y el que se hace mala sangre se la acorta más todavía. Pero lo que queríamos decir es que hay que salir de una vez del movimiento pendular, si se puede. Y que no se puede salir si no se consolida la Ley... o se “restauran” las leyes, como quieran. Y la Ley no se puede restaurar si no es sobre la base de una restauración moral.

¿Y cómo se hace esa restauración? Mucho preguntas, Sancho. Ése es el tema de otro prólogo. Pero, por de pronto, moralízate tú, el que estás leyendo, como yo el que estoy escribiendo, antes de querer moralizar a otros a la fuerza. Tú, aunque seas “Comisario Investigador” uriburiano y sobrino del mismísimo Mahatma Ghandi... *"Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère"*. [21]

## 10. Conclusión

Después de haber leído quizás todo este “filosofema” —o galimatías si usted quiere — el lector en ayunas me dice;

---

<sup>21</sup> )- Hipócrita lector, mi prójimo, mi hermano (DM)

— Vamos a ver, en resumidas cuentas, lo que interesa es no más esto: la República de Buenos Aires; ¿es o no una nación en decadencia?

— Sí señor. Es una nación en decadencia.

— ¿Y por qué?

— Porque es una no-nación que decae.

— Pruébelo. Usté nos confunde con el Uruguay...

— No sé si usté es capaz de la prueba. Pero pondré tres ejemplos o *síntomas*.

### *a. El caos político*

— Las predicciones de Charles Maurras se han cumplido cruelmente en nosotros, más que en Francia. Estamos en plena politiquería, o sea democacracia. Le diré simplemente esto: estamos en incurable inestabilidad política, porque ha más de 100 años todos los gobiernos son ilegítimos; es decir, fraudulentos y usurpadores.

— Eso es demasiado decir. Desde Sáenz Peña hijo, ellos han sido elegidos por sufragio universal. Perón, por ejemplo...

— Perón obtuvo la mayoría de un sufragio "universal", porque primero se demostró a la masa como un caudillo; por eso lo votaron si no todos, muchos. De modo que no es el sufragio quien le dio el poder, sino su poder personal quien arrambló el sufragio. Le diré que eso es malo, pero es mejor que lo otro.

Irigoyen lo mismo: primero de ganar la primera elección *limpia* después de Sáenz Peña, se había mostrado caudillo popular, había hecho revoluciones y revelaciones. De donde sigue no es la mayoría la que unge sino que confirma a los ya ungidos: o bien es formada por fraude sutil si se quiere. Hacer optar a la gente entre dos "candidatos", uno vencido de antemano previstamente, es fraude.

La mayoría nunca se equivoca, dijo Rusó. La mayoría se equivoca siempre, dijo Ibsen. Mentira los dos. Ni se equivoca ni nada, pues hace lo que la hacen hacer. El que se equivoca es el que se fía del politiquero, que es el que mangonea las mayorías.

El “sufragio universal” es una farsa porque desde su comienzo alimentó en su seno un sofisma: la “soberanía del pueblo”, que es hoy el gobierno de los marrulleros y los charlatanes. [22]

Esta ha sido demostrado tantas veces y por hombres tan autorizados, que me excuso de repetirlo.

Pueden leer el Prefacio de MIS IDEAS POLÍTICAS o esa meditación breve e incisiva ABSTRACCIÓN REVOLUCIONARIA, ambos de Charles Maurras, sin ir a Taine, De Bonald o Bourget, ni tragarse la enorme ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA — también de Maurras —, Donoso Cortés o Menéndez Pelayo.

El resultado de este gran desorden del “sufragio universal” es toda clase de males políticos, de los cuales el mayor es la “centralización”.

### ***b. La centralización***

Centralización significa la absorción por el Estado de toda la actividad de los cuerpos intermedios e incluso de los individuos. Esta absorción ha ido creciendo desde la famosa francesada de 1789 hasta hoy, de modo que puede decirse que hoy todos los Estados son tiranías. El mayor ladrón de cualquier Estado actual es el Gobierno. El publicista Bertrand de Jouvenel, en su macizo tratado EL PODER, contiene que esa absorción es inevitable en el Estado, que es esencial al Estado el crecer. Debería haber añadido la condicional *a menos que otro no lo impida*. En efecto, la función natural de los poderes parciales y relativos (Familia, Municipio, Gremios, Dinero, Universidad, Ejército) es limitar el poder, de suyo devorante, del Poder Central.

---

<sup>22</sup> )- O sea, la soberanía del Anonimato, la Irresponsabilidad, las Elecciones, el Dinero y... el Extranjero. Vean la muy voceada "Libertad de Pienso"; en ella se ha concretado la "Libertad de Expresión", una de las "Libertades de Perdición", que dijo Pío IX: cuanto más hablan della, menos existe. Será tonto por demás un presidentito destos para dejar que un cagatinta anónimo le discuta o condene una medida suya; allá va el secuestro de una edición, o la suspensión del diario o simplemente la supresión. Por tanto se guardan muy bien de ofender al tiranuelo de turno. Tienen libertad para hablar contra Dios, pero no para pintar bigotes de foca a un Testa Hinchada No Coronada.

En ningún momento del remudo ha habido menos libertad que ahora; y eso que la mayoría de los Estados de hoy han nacido a los gritos de "Libertad, Libertad. Libertad"; y lo siguen cantando.

Hoy día el Estado hace de todo, mecos a veces lo que debería hacer. Desde zapatero hasta constructor de casas, el Estado se mete en todo; también en las empresas particulares, de las cuales se entromete socio.

Usted no puede ni publicar un libro sin tener encima al Fisco. El Fisco sangra a toda actividad productiva y él monopoliza la mayor parte de las actividades productivas. Pero donde más celoso y dañoso se muestra es en el Monopolio de la Enseñanza. El Estado es el maestro *de part Dieu* ¿qué digo? es el Maestro de los Maestros, el Maestrísimo. Directa o indirectamente es el que imparte la — llamémosla — Educación, directamente en las escuelas “públicas”, indirecta en las escuelas mal llamadas “privadas”.

Esta aberración de que el “Político” se meta a regir o a hacer lo que no le toca y a lo que no es apto, la copiamos nosotros de la Tercera República francesa y ella la copió de Juliano el Apóstata, con el fin de perseguir la Religión. Napoleón también lo puso, pero con otro fin diverso. Es el dogma más acariciado del futuro Estado socialista y es el credo del Anticristo. Los padres tienen el deber y el derecho de educar sus hijos, la Iglesia tiene la misión de enseñar la religión. El Estado es político y no educador, a no ser para subyugar la educación a la política; y, en este caso, a la infidelidad.

“Huelga de los trabajadores de la Educación”. Este enunciado grotesco es la criada respondona que le salió a la leyenda del Estado Enseñante. Está pasando aquí lo que pasó en Francia, a saber: el Estado Anticlerical fundó la Escuela Normal Superior, que debía dar todos los maestros superiores, y se reservó la potestad de habilitar los maestros comunes. Quería hacer de los enseñantes los “*genízaros de la República*”, como se expresó Jules Ferry; o sea los que imbuyeran a los indefensos niños el laicismo y el anticlericalismo. Pero surgió como resultado lógico que los maestros se hicieron comunistas, y comenzaron a dar dolores de cabeza a la “República laica, una e indivisible”, con huelga tras huelga comenzando por pedir “aumentos de salario”; o sea porque el Gobierno no les paga bastante o no les paga a su gusto, se la hacen pagar a los niños, sin hacer mella ninguna con eso en los magnates de la “República”, y aprovechadores de la “Educación”.

Cuando el daño o el escándalo se hace intolerable, el Gobierno cede y aumenta los salarios y los trabajadores de la Educación se reintegran al trabajo de educar, después de haber dado el mal ejemplo de deseducar. “¡Los genízaros de la República!”

Aquí en este país, el monopolio de la educación es responsable de la decadencia de la educación; y la decadencia de la educación es responsable en gran parte de la decadencia de la República. [23]

Los de la Acción Francesa estimaban que la "centralización" en Francia no podía ser vencida sino por la Monarquía. Valdría decir que en la Argentina es invencible.

### *e. La indisciplina de las costumbres*

Esta expresión atenuada y exacta de André Benoist es lo que llamamos brutaemente la *corrupción* o la *podredumbre*. En lo moral, en lo intelectual, en lo físico mismo, la indisciplina reina por todo.

Por ejemplo, no se puede mirar los avisos de cine de La Nación sin un movimiento de asco; pero si se entra a lo “avisado”, vemos que los “filmes”, con pocas excepciones, están adornados o penetrados de erotismo, cuando no de pornografía.

Más grave que la lujuria, grande arruinadora de naciones, es quizá la cretinidad de las masas. A ella contribuye todo, desde la educación intelectual nula hasta los llamados “medios de comunicación” de los cuales hemos mencionado uno. Otro de los más potentes es la “prensa grande”. El diario que nombré es el pulpito de la memez al mismo tiempo que “la Tribuna de Doctrina”. Es un púlpito de memez muy disimulado. Pongamos un ejemplo cualquiera: tengo delante una “nota” de Jorge Luis Borges sobre Lugones, del Suplemento Literario dominical del 23 junio de 74 en que el máximo literato se arregla para denigrar a nuestro máximo poeta, poniéndolo por debajo de Sarmiento (?) ¡y de Almafuerte! para terminar con un aparente elogio de algunas “líneas inagotables” de Lugones que no son sino un elogio de sí mismo. Ésta es una lección de memez.

---

<sup>23</sup> )- Poco ve el que no distinga el vínculo diamantino que existe entre la democacracia y la centralización o “estatismo”.

Basta mencionar estas dos cosas, la lujuria y la memez, que son muy emparentadas, para comprender "*la indisciplina de las costumbres*" signo fatal de decadencia. Entre otras muchas otras cosas, innumerables, cuya noticia nos trae muy templada la "prensa" cada día. Y no hablamos de la prensa amarilla sino de la "blanca".

En fin, nuestro grande y hermoso país está en decadencia política, educacional y moral en forma que no vemos el remedio. Es un proceso que viene de muy atrás y seguirá adelante si Dios no lo remedia, pues sólo Él puede remediarlo, quién sabe cómo.

\*\*\*\*\*

**Jaime María de Mahieu**

## **FACTORES DE DESINTEGRACIÓN SOCIAL**

### **Individualismo e igualitarismo.**

Al analizar, la organización y evolución de los Conjuntos humanos, no pudimos dejar de aludir a deficiencias de distinta índole que se manifiestan en ciertos casos y quiebran las normas del orden social natural, vale decir de la armonía dinámica que resulta de la adecuación de las estructuras a las exigencias de la naturaleza y de la historia. El orden expresa el buen funcionamiento del organismo social y, por lo tanto, la realización de su intención directriz. Por supuesto, no puede existir si cada elemento constitutivo del conjunto considerado no está en su debido lugar y, a su vez, no funciona adecuadamente.

Ahora bien: ninguno de estos factores del orden social se da de modo automático. La imperfección del hombre tiene consecuencias negativas para su vida social tanto como para su duración individual.

Gracias a la observación y al análisis histórico poseemos abundantes datos sobre los fenómenos patológicos que hacen a la morfología, la demología y la dinámica de los Conjuntos humanos y cuyo estudio podemos así emprender, como corresponde para completar nuestros tres enfoques anteriores. Las enfermedades estructurales, objeto del presente capítulo, proceden del relajamiento o distorsión de las relaciones que vinculan a los individuos que componen determinado conjunto social.

No se trata aquí, pues, de la violación por delincuentes de normas de convivencia sino de la negación sistemática del orden necesario por los integrantes de los grupos o comunidades afectados. Si se tiene a éstos como meras resultantes de la asociación voluntaria de individuos libres, y si el individuo se considera superior a cualquier conjunto humano, es lógico que las relaciones sociales sólo subsistan en la medida en que satisfagan la afirmación inmediata de aquellos a quienes vinculan.

Llevado a sus consecuencias extremas, tal individualismo provocaría la total desintegración de la sociedad y la desaparición misma del género humano, puesto que el niño nace de un grupo social anterior a él, la pareja, que su presencia convierte en familia, sin cuyos cuidados desinteresados no podría sobrevivir.

El igualitarismo acentúa las consecuencias patológicas de la tendencia anterior. Si, en efecto, todos los individuos tienen los mismos derechos y obligaciones en todos los órdenes de la vida social, el ser humano se despersonaliza, convirtiéndose en un esquema abstracto y por eso mismo irreal, y toda relación jerárquica desaparece.

Ahora bien: sabemos que grupos y comunidades existen y se desarrollan precisamente en virtud de la diferenciación y desigualdad de sus componentes individuales. No están formados por Hombres sino por varones y mujeres, adultos y niños, blancos y negros, jefes y subordinados, creadores y asimiladores, etc. No habría familia ni siquiera reproducción sin la diferenciación y la desigualdad sexuales. No habría comunidad sin la diferenciación y la desigualdad jerárquica. No habría civilización sin la diferenciación y la desigualdad cualitativa.

El igualitarismo niega la realidad necesaria y, por lo tanto, suscita el desorden social.

### **La masificación.**

La destrucción o debilitamiento de las estructuras sociales por el reforzamiento patológico de la autonomía individual y la no menos patológica esquematización igualitaria del ser humano tiende a convertir al pueblo en masa; o sea a un conjunto orgánico de seres humanos enmarcados en los grupos y comunidades, cuya "materia prima" constituyen, en una suma amorfa de individuos meramente unificados, al margen de las estructuras que los vinculan por comunes actitudes psíquicas.

La masa surge y actúa cuando algún factor emocional consigue llevar a los integrantes del pueblo a olvidarse momentáneamente de las realidades inmediatas de su existencia social. El fenómeno depende,

pues, de la relación de poderío que se establezca entre el empuje unificador y la resistencia estructural.

Normalmente sólo un estímulo excepcional es capaz de convertir al hombre-pueblo en hombre-masa haciéndole renunciar a la conducta que exigen de él los grupos y comunidades de que forma parte. Pero las estructuras sociales, cuando se debilitan, pierden su fuerza de atracción y la menor incitación colectiva basta para superarlas. No es por casualidad que el proletariado occidental, atomizado por las condiciones de vida y de trabajo impuestas a los obreros asalariados, empezó a actuar como masa mucho antes que las demás capas sociales menos desintegradas.

Hasta hace unos pocos decenios, sin embargo, los estímulos masificadores se difundían con tanta dificultad que muy pocas veces, aun en conjuntos sociales relajados, lograban mover a multitudes. Los medios de comunicación se limitaban a la oratoria desde el púlpito y la tribuna y, más tarde, a una prensa de tirada reducida. La situación ha cambiado con el cine, la radio y la televisión, mientras que la alfabetización generalizada ha aumentado considerablemente el alcance de los diarios y revistas. Ya es posible, hoy en día, presionar las mentes de tal modo que el marco estructural, por sólido que sea, se muestre incapaz de impedir la masificación. Las técnicas audiovisuales, en especial, permiten condicionar a la inmensa mayoría de los individuos obligándonos a actuar contra lo que sería su voluntad libremente elaborada.

La masa se superpone así al pueblo como realidad permanente. Estructuras orgánicas y superestructuras masivas compiten, con el lógico predominio de las segundas, en la determinación de actitudes que constituyen la trama dinámica de la evolución social. Es obvio, por otra parte, que tal masificación artificial no es producto del mero azar sino que responde a un propósito netamente subversivo.

La masa, en efecto, es fácil de manejar, mientras que el pueblo resiste más eficazmente una conducción patológica. Todo Estado ilegítimo y por lo tanto débil tiende a quebrar las estructuras que no puede dominar. Así Napoleón, en una carta célebre, aconsejaba a su hermano José, entonces rey de Nápoles, implantar el nuevo código civil francés,

que, suprimiendo el mayorazgo, iba a zapa los cimientos de la familia. No es de extrañar pues que los medios de comunicación sean empleados por minorías dirigentes patológicas para socavar el orden social natural.

Con las ideas y las imágenes que difunden se zapa el principio de autoridad, se ridiculiza la familia, se endiosa el dinero, se propaga la superstición, etc. Caso típico, éste, de interacción negativa: el debilitamiento de las estructuras crea la masa y la masa sirve de arma contra las estructuras.

El final lógico del proceso es el rebaño o el presidio a que se acerca, a pasos agigantados, el mundo contemporáneo.

### **La promiscuidad sexual.**

Es evidentemente al rebaño que tiende la sociedad occidental de hoy si la consideramos desde el punto de vista de la vida sexual de sus integrantes.

No es posible, en este campo, llegar al individualismo absoluto que, suprimiendo la pareja, impediría la reproducción. Pero sí se puede debilitar las estructuras familiares de tal modo que el grupo biosocial pierda estabilidad, coherencia y continuidad. Basta, para lograrlo, convertir todo apareamiento en un acto de mero placer desprovisto de compromisos sociales.

Sabemos que la pareja encuentra su base propia en la superabundancia sexual del hombre y que es inestable por naturaleza. Sólo se consolida, convirtiéndose en familia, con el nacimiento del hijo. La relación sexual pierde entonces su carácter contractual y se incorpora a un conjunto estructural más complejo. Esta transformación no se produce si la pareja sigue considerándose tal a pesar del cambio, al que niega cualesquiera consecuencias sociales. Varones y mujeres se aparean entonces según sus sentimientos y deseos del momento. La promiscuidad sexual sustituye al orden familiar. La sociedad de las Islas Marquesas nos proporciona un ejemplo histórico de tal desintegración casi perfecta del grupo biosocial.

Varios son los factores de semejante amorfismo.

El tan criticado pansexualismo es el menos importante de ellos. Más influyente, por cierto, resulta el romanticismo que hace depender de la pasión la formación y permanencia del vínculo conyugal. No hay nada más fluctuante, en efecto, que el sentimiento, especialmente si se tiene en cuenta que el varón y la mujer no evolucionan con el mismo ritmo. Confundir la relación biológica, base estructural de la familia, con la atracción sexual o, peor aún, con la pasión amorosa es quitarle toda estabilidad.

Es bien sabido, por experiencia, que los «matrimonios de razón» resultan, por lo general, mucho más sólidos que los "matrimonios de pasión", precisamente porque las fantasías sentimentales no inciden en su duración. Los campesinos nunca y en ninguna parte se han caracterizado por su rigidez moral en el campo de la vida sexual. Son ellos, sin embargo, los que nos dan el más satisfactorio ejemplo de estabilidad familiar. La fidelidad conyugal es una virtud por cierto deseable; pero no está suficientemente anclada en el ser humano para servir de base al grupo biosocial.

### **La familia inestable.**

El individualismo igualitario no ha logrado aún destruir las estructuras familiares, pero sí, desde hace doscientos años, las está debilitando con ritmo acelerado. En este proceso inciden tanto el relajamiento de las costumbres provocado por la difusión de ideas disolventes como la legislación que, lejos ya de proteger al grupo biosocial, por el contrario fomenta su desintegración, y también las condiciones materiales de vida impuestas por el capitalismo.

El fenómeno de mayor alcance en este campo es sin duda alguna la cada vez mayor independencia de la mujer en la sociedad y, por vía de consecuencia, en la familia. El feminismo ha colocado a ambos sexos en un plano de igualdad vivencial, mientras que las dificultades económicas obligan cada vez más a la otrora esposa y madre a desempeñar actividades mercenarias. Si la mujer llega a ser, a la par del varón y en competencia con él, obrera, profesional y hasta jefe de

empresa y si tiene acceso a la función pública, mal se le podrá imponer el respeto de la autoridad marital.

La pareja básica del grupo biosocial se convierte entonces, en contra de las exigencias reales del orden natural, en una asociación deliberativa carente de toda relación de autoridad. Tal situación repercute inevitablemente en la conducta de los hijos, que, sometidos a un doble mando a menudo contradictorio, imponen en una medida creciente su propia voluntad. La familia se anarquiza y pierde consistencia. Hasta puede perder su continuidad biológica como efecto del igualitarismo que va ganando terreno en el campo de las relaciones sexuales extraconyugales.

Pues si bien la infidelidad del varón es idéntica a la de la mujer desde el punto de vista moral, está muy lejos de tener las mismas: "consecuencias biosociales". La esposa desleal puede introducir en el linaje genes extraños y hasta de calidad inferior. La madre soltera, por su lado, encabeza un grupo incompleto y, por lo tanto, de actividades funcionales insatisfactorias.

El carácter asociativo que adquiere la familia contemporánea pone lógicamente en tela de juicio la existencia misma del grupo. De las decisiones que se toman en común entre marido y mujer la más importante es la que hace a la permanencia del vínculo conyugal. La familia subsiste mientras los esposos lo consideran conveniente y se disuelve en caso de desacuerdo, pudiendo cada uno de los «socios» contraer un nuevo matrimonio.

La legalización del divorcio vincular favorece, por cierto, su difusión al dar un sello de respetabilidad a los grupos ilegítimos que se constituyen. Pero su presentación sistemática por el cine y la televisión como un fenómeno normal tiene mucha mayor incidencia. Es la ley, por el contrario, la que ha provocado en las Comunidades que aplican el derecho civil napoleónico la desintegración de la familia-tronco. La partición forzosa de la herencia y la supresión del mayorazgo han destruido los fundamentos materiales de su unidad. Las familias conyugales consanguíneas carecen de punto de apoyo y de jefe. Cada

una está librada a su propia suerte, y su suerte depende, ya lo hemos visto, de la libre decisión de sus integrantes.

Así se ha ido convirtiendo un grupo natural orgánico en una yuxtaposición de asociaciones inestables y desjerarquizadas.

### **La escuela masificadora.**

Prolongación de la familia en el campo educacional, la escuela no podía permanecer al margen del proceso de desintegración provocado por el individualismo igualitario.

Recibe, en efecto, a niños-esquema cuyos respectivos orígenes sociales y dotaciones hereditarias se niega a tomar en cuenta, y los forma con vistas a su incorporación a la sociedad de masa. Los trata como si fueran expósitos destinados a morir solteros, según la acertada expresión de Renan. Así la escuela, en todos sus niveles, proporciona a los educandos una enseñanza desencarnada y por lo tanto irrealista que contribuye a quebrar y condicionar al individuo.

Las sólidas tradiciones culturales de Occidente hicieron que, en nuestra época, la tarea desintegradora tuviera que realizarse en varias etapas. La primera consistió en la uniformización de los programas escolares. En el siglo XIX – que termina, desde el punto de vista sociológico, con la guerra de 1914 – todos los alumnos de los ciclos primario y medio recibían exactamente, cualesquiera fueran sus respectivos orígenes y destinos, la misma instrucción, basada en el mero ejercicio de la razón. Se descartaba así la educación de la sensibilidad y del carácter, imposible de dar en forma esquemática, por lo menos con los medios de aquel entonces.

Posteriormente la enseñanza racionalista ha sido paulatinamente sustituida, por lo menos en el ciclo primario, por un condicionamiento imaginal mucho más eficaz, puesto que permite abarcar todos los aspectos de la personalidad humana. El cambio de procedimiento se nota hasta en el cambio de la alfabetización, donde los distintos métodos "globales" van reemplazando cada vez más el viejo sistema basado en la asociación lógica de letras y palabras.

Las exigencias de la industrialización obligaron, en el siglo XX, y especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, a complementar la igualdad educacional con una especialización, aplicada en los ciclos Medio y Superior, que permitiera formar los técnicos imprescindibles para la experimentación y la producción. Se proporciona entonces al adolescente, ya condicionado en función de la masa, una serie de conocimientos estrictamente limitados que lo encasillan sin remedio dentro del complejo social. La igualdad escolar preparaba al niño para la masa-rebaño. La especialización cerrada lo integra en la masa-hormiguero.

El doble proceso que acabamos de analizar concierne exclusivamente a los métodos y puede ser llevado a cabo, como acontece en los países soviéticos, en el marco ordenado de la escuela tradicional. Sin embargo, no nos debe extrañar que la propagación desintegradora del individualismo igualitario repercuta en los grupos educativos que se encargan de ella.

En el mundo liberal, por el momento más rebaño que hormiguero, la escuela se va relajando como consecuencia de su propia actuación. El educador renuncia a su papel de adulto-jefe y se infantiliza para hacerse aceptar como "hermano mayor" por los niños. La disciplina desaparece. Se deja al alumno hacer lo que le place, con el pretexto de no violentar su personalidad.

Es obvio que en tales condiciones los niños se imitan mutuamente y se masifican en su propio nivel. La escuela tan mal llamada "activa" fomenta la pasividad anarquizante del alumno. No sirve ni para formar robots.

### **El taller Sojuzgado.**

La desintegración del taller se realiza de un modo totalmente distinto del que hemos señalado para la familia y la escuela. Es obvio, en efecto, que si desapareciera su orden funcional, la empresa no estaría más en condiciones de producir.

Cuando, al final del siglo XVIII, la burguesía consigue eliminar las trabas puestas por los gremios al trabajo asalariado e instala manufacturas, tiene que dar a éstas las estructuras que requiere la producción misma, o sea las que ordenaban el taller artesanal. Sin embargo, la célula económico-social se transforma sustancialmente y sufre, a pesar de ciertas apariencias, un profundo debilitamiento interno.

La manufactura requiere, en efecto, máquinas que exigen un capital monetario fuera de proporción con el que representaba el modesto instrumental del taller precapitalista. A los productores mancomunados y jerarquizados se sobrepone entonces un elemento nuevo: el dueño de las herramientas hechas imprescindibles por el maquinismo. Al maestro sucede el patrón. Las relaciones estrictamente contractuales de la fábrica sustituyen a los vínculos comunitarios del taller. El jefe ya no es el que más sabe sino el que posee costosas máquinas, de ahora en adelante indispensables para la producción. Se asemeja aún al artesano en cuanto es el elemento director necesario de la empresa, representando, pues, un valor humano: Pero la empresa misma ya no tiene sino un valor económico.

El interés común en la buena marcha del conjunto bien puede subsistir en alguna medida: lo ahoga, sin embargo, la situación de dependencia absoluta del obrero con respecto al dueño de sus herramientas. Ya no se trata entre ellos de un intercambio de servicios sino de un contrato de locación sometido a la "ley" de la oferta y la demanda: o el asalariado acepta las condiciones impuestas por el patrón, o se muere de hambre. La empresa patronal se parece, pues, mucho más a una cuadrilla de presidiarios al mando de un guardiacárcel que a una Comunidad de productores.

La situación va a empeorar todavía con su transformación en empresa financiera. Llega, en efecto, el momento en que la fábrica exige máquinas demasiado complejas y numerosas para que puedan ser propiedad de un solo hombre. Se constituyen entonces sociedades de capitales que se convierten en dueñas de los medios de producción, y el jefe de empresa, aunque privilegiado por difícilmente sustituible, es rebajado al rango de asalariado.

Una escisión se produce, por lo tanto, entre la "empresa real" – conjunto de los productores jerarquizados – y la "empresa legal" – conjunto de los dueños del capital. El grupo orgánico entero viene a ser explotado por una minoría extraña a su funcionamiento, sin que sus distintos elementos se den por eso cuenta de su solidaridad de hecho.

Inútil es agregar que la situación no cambia por modificarse el carácter de la minoría explotadora y que el taller está tan sojuzgado con el capitalismo de Estado como con el capitalismo liberal. En ambos casos las estructuras del grupo se debilitan por acción de un parásito que sobrepone su autoridad patológica a las necesidades orgánicas, de la producción.

### **El ejercito de masa.**

El individualismo igualitario incide de modo muy diferente en las estructuras de las Fuerzas Armadas. Aparentemente no se producen cambios apreciables: la diferenciación funcional se mantiene y hasta se acrecienta con la tecnificación mientras que la disciplina sigue siendo el principio básico del orden necesario.

Sin embargo, la sustitución, al final del siglo XVIII, del soldado profesional por el conscripto acarrea una profunda transformación del ejército. A primera vista, el servicio militar obligatorio restablece el viejo sistema de la milicia. De hecho, la situación es del todo distinta. El burgués de la Edad Media era un civil que, en cuanto tal, empuñaba las armas en caso de emergencia y, mientras estuviera en condiciones de hacerlo, se preparaba para tal eventualidad. El conscripto, por el contrario, pierde al incorporarse al ejército, en tiempo de paz como en tiempo de guerra, su carácter de hombre libre sin adquirir por eso los privilegios – derechos y obligaciones – propias del estado militar. Es, por lo tanto, un civil disminuido.

Por otro lado, el miliciano se preparaba y combatía en su propia ciudad, desempeñaba una función militar calcada de su función profesional y, a menudo, la estructura militar que lo abarcaba se confundía con la estructura civil de su vida diaria. Mientras que el conscripto es arrancado de su marco social e incluido a la fuerza en una

unidad, totalmente ajena a su actividad normal, que lo absorbe y despersonaliza mediante el imperio de una disciplina irracional que sólo busca crear en él una serie de reflejos condicionados.

La conscripción suscita, pues, el ejército de masa: un rebaño debidamente encuadrado cuyos integrantes actúan sin ninguna iniciativa, condicionados física y mentalmente con vistas a movimientos de conjunto. El número se convierte entonces en un factor fundamental de victoria, siempre que las fuerzas enemigas estén organizadas según el mismo principio.

La Segunda Guerra Mundial demostró que el ejército de masa no podía resistir el embate de pequeñas unidades seleccionadas, divisiones blindadas o meros comandos, y las guerras coloniales posteriores lo confirmaron sobradamente. De ahí que las grandes potencias militares hayan dado marcha atrás. Conservan tropas de conscripción destinadas a ocupar posiciones y territorios, pero constituyen y preparan fuerzas de choque – a menudo profesionales o voluntarias – de alta eficacia operativa. En este plano, pues, la masificación va retrocediendo.

Notemos que sus efectos nunca se habían manifestado en la marina ni en la aeronáutica por impedirlo la especialización técnica exigida por el manejo de buques y aviones.

Esta vuelta paulatina al profesionalismo militar hace más absurda aún la tesis del "ejército ciudadano" que defienden hoy en día algunos atrasados teóricos norteamericanos y que tuvo un principio de aplicación – por poco tiempo y con consecuencias desastrosas – en la Alemania occidental de postguerra. Considerar al soldado como una especie de empleado público que, fuera de sus horas de servicio, goza de todos los privilegios de la vida civil quita a la disciplina militar el rigor sin el cual resulta ineficaz.

Las características del soldado y las del civil son, por otra parte, tan diferentes y hasta tan opuestas que no se vislumbra la posibilidad de hacerlas alternar en un mismo individuo.

## La iglesia amorfa.

Las Fuerzas Armadas pueden reaccionar ante los efectos de la masificación no sólo porque las consecuencias negativas del fenómeno son tan inmediatas como evidentes sino también porque su organización es coercitiva. Las estructuras eclesiales son, por el contrario, las que menos incidencia visible tienen en la vida individual y su vigencia depende del consenso de los fieles. No es de extrañar, pues, que el individualismo igualitario las haya socavado eficazmente.

Toda iglesia ordenada tiene una estructura jerárquica constituida por las relaciones existentes entre el clero y los laicos creyentes. El sacerdote manda en nombre de Dios. De él depende la difusión e intangibilidad del dogma y la práctica del ritual que junta periódicamente a los fieles en ceremonias colectivas. Si su autoridad se relaja por culpa de las ideas igualitarias, el dogma queda sometido a las interpretaciones individuales y se hace inconsistente, mientras que la liturgia va simplificándose hasta desaparecer como factor aglutinante de los grupos eclesiales, los que tienden a convertirse en meras asociaciones. La vida religiosa se repliega en la conciencia individual, la única que puede permanecer en el campo social es una vaga superestructura hecha de creencias relajadas y a menudo pervertidas, de las supersticiones que no han demorado en tomar el lugar del dogma y el rito y de un sentimentalismo delicuescente.

No nos faltan ejemplos históricos de tal proceso de desintegración que sufrieron tanto el vedismo como el paganismo de nuestra Antigüedad. Pero el caso más ilustrativo, por más cercano, es el del protestantismo en sus distintas formas.

La prédica de los reformadores y el apoyo que dieron a Lutero algunos príncipes deseosos de liberarse de la autoridad romana y el respaldo a Calvino que le dio la burguesía (en el actual sentido de la Palabra) en busca de una libertad económico-social que le negaban tanto el orden político imperante como la moral católica, hicieron que, en algunos países, la jerarquía eclesiástica perdiera a la vez su carácter sacerdotal y su verticalidad.

En los países Luteranos y en Inglaterra el ministro del culto se convirtió en un simple empleado público carente de toda autoridad que no procediera de su propia personalidad. En los países calvinistas el pastor ya no fue sino el presidente de una especie de "Asociación religiosa", muy distinta de la parroquia tradicional. Desde la Reforma el dogma y la moral se han ido relajando y las sectas se han multiplicado en el mundo protestante, hoy en día en un estado de completa descomposición.

La misma Iglesia Católica va cediendo terreno, especialmente desde el Concilio Vaticano II, renunciando a su rigor dogmático, su autoritarismo intransigente y su liturgia unificadora. El proceso de desintegración está en marcha y la historia nos muestra que en este campo hay muy pocas posibilidades de dar marcha atrás.

### **Estado dividido y Comunidad atomizada.**

Hemos visto que el Estado débil tiende a fomentar la masificación para conservar una autoridad que no sería capaz de imponer a comunidades intermedias poderosas. El fenómeno se produce cuando el órgano rector de la Comunidad no está en condiciones de cumplir satisfactoriamente sus funciones.

A veces, pero no siempre, el Estado ilegítimo sufre, como grupo, las consecuencias de la desintegración social que suscita. Su debilidad procede, en lo inmediato, de estructuras insatisfactorias que quiebran su imprescindible unidad. Tal es el caso del Estado democrático, dividido en virtud del principio institucional según el cual los tres poderes – ejecutivo, legislativo y judicial – deben actuar independientemente los unos de los otros, sin subordinación de ninguna especie.

La separación de los poderes constituye, por parte de la burguesía liberal, una medida precautoria destinada a impedir que el Estado ocupado por ella consiga independizarse mediante la afirmación funcional de su papel comunitario no del todo desaparecido.

Gracias a ella, en efecto, cualquier acto político depende de un acuerdo, o más a menudo no una componenda, entre el parlamento (para mayor seguridad dividido generalmente en dos cámaras), depositario del poder legislativo y el gobierno, titular del poder mal llamado ejecutivo. Y dicho acto queda sometido a los fallos de un cuerno de magistrados, dueño del poder judicial, cuyos miembros son inamovibles. No puede, por lo tanto, haber rigor alguno ni en la decisión ni en la ejecución.

En sus defensores de buena fe tal desintegración del Estado sólo se explica por la falsa teoría del equilibrio social.